
CELOS CON CELOS SE CURAN

Personas que hablan en ella:

- **CÉSAR, galán**
- **SIRENA, dama**
- **CARLOS, galán**
- **DIANA**
- **NARCISA**
- **GASCÓN, criado**
- **MARCO ANTONIO**
- **ALEJANDRO**
- **Un CORTESANO**
- **Un ALCALDE**
- **Dos CRIADOS**
- **ACOMPAÑAMIENTO**

ACTO PRIMERO

Salen CÉSAR, CARLOS y GASCÓN

CÉSAR: ¿Hemos de apartarnos más
de la ciudad, Carlos?

CARLOS: No;
que la ribera del Po,
que murmurar viendo estás
mientras de Milán te alejas,
si en sus cristales te avisas,
agravios vende entre risas
a tu amistad y a mis quejas.

CÉSAR: No te entiendo.

CARLOS: No me espanto.
Déjanos solos aquí
Gascón.

GASCÓN: Siempre obedecí
a quien sirvo y quiero tanto
y más a estas ocasiones,
porque yo cuando hay envites
digo quiero a los convites
y descarto las cuestiones.

Vase

CÉSAR: Ya estamos solos; procura
declararte. ¿Es desafío?

CARLOS: No nos oye más que el río
que no ofende aunque murmura.
Deja de aumentar agravios
dudando de mi fe ansí,
que mis quejas contra ti
sólo tienen en los labios
discreta jurisdicción,

no en la espada, que en efeto
 reverencian el respeto
 que te debo.

CÉSAR: La ocasión
 con que las formas repara
 que me suspendes y admiras.

CARLOS: Por fabulosas mentiras
 las propiedades juzgara
 que pintó la antigüedad
 en la amistad verdadera,
 si hallarlas en ti quisiera.

CÉSAR: Pues ¿es falsa mi amistad?

CARLOS: Parécelo.

CÉSAR: Di el porqué.

CARLOS: ¿Por qué, desata esta duda,
 pintó a la amistad desnuda
 quien su Apeles sutil fue?
 ¿Por qué, si no es en tu mengua,
 su lado abierto mostró
 y del pecho trasladó
 el corazón a la lengua?
 ¿Por qué le vendó los ojos,
 dejando libres los labios?

CÉSAR: Jeroglíficos agravios
 me proponen tus enojos;
 misterioso vienes. Digo
 que si desnuda pintaban
 la amistad los que enseñaban
 leyes al perfeto amigo
 fue para darle a entender
 que entre los que la profesan
 y su lealtad interesan
 ningún secreto ha de haber.
 Porque si se definió
 que era una alma en dos sujetos,
 afirmando los discretos
 que el amigo es otro yo,
 mal quedara satisfecho
 de quien sus pasiones calla
 el amigo que no halla

en un lugar lengua y pecho.

Mas yo ¿cuándo he delinquido
contra estas leyes? ¿qué llaves
no te ha dado el alma?

CARLOS: Sabes,
César, que señor has sido
de la mía de tal modo,
que hasta el menor pensamiento
jamás de tu amor exento,
viendote dueño de todo
y a mí tan perfeto amigo,
ya grave, ya humilde fuese,
antes que yo le entendiese
se registraba contigo.

¿Qué desdenes de Vitoria
--sol que adoro--, qué desvelos,
ya bastardos por los celos
ya hijos de la memoria,
dejé de comunicar
contigo, si tal vez hubo
que compasivo te tuvo
de tal suerte mi pesar
que en recíprocos enojos
tanto amor nos conformó
que porque lloraba yo
afeminaste tus ojos?

CÉSAR: Pendiente estoy de tus labios,
confuso con tus razones.
¿Las que son obligaciones,
Carlos, vuelves en agravios?
Si lloras, lloro contigo;
alégrame tu contento;
lo mismo que sientes, siento,
¿y me llamas mal amigo?
No te acabo de entender.

CARLOS: Ya sabes que la igualdad
es hija de la amistad.
Tu igual me veniste a hacer
el día que me llamaste
amigo tuyo.

CÉSAR: Es así.

CARLOS: De sangre noble nací,
si la ducal heredaste.

Ya sé que tan cerca están
tus partes de tu ventura
que para hacerla segura
la corona de Milán
un solo estorbo hay en medio
de un sobrino que la goza
tan enfermo en edad moza
que diera fácil remedio
a mi deseo y tu estado
la muerte, si permitiera
cohechos o te quisiera
como yo, aunque mal pagado.

CÉSAR: ¡Oh, Carlos! ¡Cómo se entiende

que interesado tu pecho
amistades que me ha hecho
como mercader las vende!
Sácame ya del cuidado
con que suspenso te escucho,
que quien encarece mucho
no se tiene por pagado;
y pienso yo que en iguales
correspondencias de amor
si ejecutas acreedor
de la obligación te sales
de deudor, pues te he querido
con tan limpia y pura fe
que en ellas te perdoné
aun el serme agradecido.

CARLOS: ¡Muy bien lo muestras, por Dios!

Sea, y búrlate de mí;
tu secreto para ti
y el mío para los dos.

Los amigos de importancia,
que se precian de leales,
en los bienes y los males
van a pérdida y ganancia.

Mas tú que con los ingratos

quieres lograr tus intentos,
 avaro de pensamientos,
 con andar hoy tan baratos,
 pretendes en los desvíos
 con que me ocultas tu pena
 por gastar de hacienda ajena
 ser pródigo de los míos.

¿Tú triste, César, y yo
 de la ocasión ignorante?
 ¿Tú desvelado, tú amante,
 y yo sin saberlo? No,

 no busques vana salida
 a culpas averiguadas.
 De la soledad te agradas,
 mi amistad aborrecida;
 no comunicas tormentos,
 ni yo quiero examinarlos;
 ya, César, te cansa Carlos;
 señor de tus pensamientos
 has sido; yo te los deajo.

Goza a solas tu cuidado;
 los secretos que he fiado
 de ti te darán consejo;

 no llevo ninguno tuyo
 que restituirte deba.

Prueba otros amigos, prueba;
 y con aquesto concluyo

 amor sin comunicar,
 mientras dejas ofendida
 una amistad de por vida
 que ya por ti es al quitar.

Quiérese ir

CÉSAR: Aguarda, Carlos, espera,
 satisfaceré tus engaños;
 ¿amistad de tantos años
 por ocasión tan ligera
 se rompe? Facilidad

notable a culparte viene;
mas no es mucho, también tiene
sus melindres la amistad;
también la asaltan recelos,
que la amistad en rigor,
por lo que tiene de amor,
quejas forma y pide celos.

Es verdad que quiero bien
en parte que corresponde
agradecida; ni dónde,
ni cuándo, Carlos, ni a quién
te he dicho, que como sigo
leyes que a la amistad puso
más la antigüedad que el uso,
y sé que el perfecto amigo
no quiere ni intenta más
de lo que quiere y intenta
su amigo, no juzgué a afrenta
la que en la cara me das,
pues en este fundamento
mi amor oculto creyó
que gustando desto yo
estuvieras tú contento.

Mas pues me llamas ingrato
y a lo interesable vives,
secretos das y recibes
y ya es tu amistad contrato.

Oye, aunque el límite pase
que me puso a quien respeto,
pues debiéndote un secreto
que sin que yo te forzase
me donaste liberal,
si hago pleito de acreedores,
tus deudas son anteriores
y es bien pague al principal;
pero advierte que no es justo
que pagarte más intente
de aquello que cabalmente
te debo.

CARLOS: Logra tu gusto.

La deuda quiero soltarte;
 no ofendas tu mudo amor.
 Mírasme como acreedor;
 claro está que he de enfadarte.
 Quédate, César, con Dios.

Detiéndele [CÉSAR]

CÉSAR: Eso no. Desobligado
 has de dejarme y pagado
 has de partirte; los dos
 hacemos cuenta ajustada.
 Ya estriba esto en interés;
 si te has de ir, vete después
 que yo no te deba nada.
 Que amabas dijiste un día
 y antes que más te explicases
 y tu dama me nombrases
 yo, que en la filosofía
 estoy diestro de los ojos
 y los tuyos registré,
 que era Vitoria alcancé
 la causa de tus enojos.
 Haz tú otro tanto también,
 si igual fineza te obliga,
 porque yo cuando te diga
 mi amor no te diré en quién
 le empleo.

CARLOS: Enojado estás.

CÉSAR: No estoy, que es la causa leve;
 pero harto hace quien debe
 en pagar sin que dé más.

CARLOS: Di que porque serte intento
 de provecho en tus cuidados,
 con paciencia tus enfados
 quiero sufrir.

CÉSAR: Está atento.

En un festín que el duque mi hermano hizo

una noche..., --engañéme, un claro día,
 que agregación de luz desautorizo
 si a tanto sol describo noche fría:
 pródiga la hermosura y en su hechizo
 perdida la beldad que Chipre cría;
 competidoras discreción y gala
 y dilatada gloria en breve sala,
 cuadros de estrellas sostituyen flores,
 ya jardín el salón que amor cultiva,
 si estrados deste abril usurpadores
 no extrañan que en tal cuenta los reciba
 cercado de bellezas y valores
 el teatro ducal y la festiva
 ocupación sonora en instrumentos
 principio dio al sarao y a mis tormentos.

Libre gozaba yo la ejecutoria
 con que el descuido me eximió tributos
 que rinde el alma y guarda la memoria
 pechando penas más a menos frutos.
 ¡Qué cerca está el tormento de la gloria!
 ¡Qué bien pintó al placer cortando lutos
 aquel que a los umbrales del sosiego
 la inquietud retrató pegando fuego!

Licenciosa la vista se derrama
 por venenosos campos de hermosura,
 présago amor de ejecutiva llama
 que libre cuello sujetar procura.
 Vi, Carlos, en efeto, vi a una dama,
 imperiosa opresión de mi ventura,
 que presidiendo en tribunal de estrellas
 lo que esta desperdicia logran ellas.

Gozaba, al lado suyo, un caballero
 privilegios de fiestas semejantes,
 de incógnito valor, cobarde acero,
 desvalido entre méritos amantes.
 No te sabré afirmar cuál fue primero,
 o amar o estar celoso; mas sé que antes
 que advirtiese mi estado peligroso
 si amante me admiré, temí celoso.

Salí a danzar, ya rayo de venganzas,

por malograr indigna competencia,
 y a la marquesa saco; entre mudanzas
 festivas --mal presagio a la experiencia--
 sembró risueña en celos esperanzas,
 espinas que coronan la paciencia;
 yo de veras amante, el festín juego;
 cesó la danza y comenzó mi fuego.

Ocupo el lado, si cobarde amando,
 atrevido celoso; y suspendiendo
 discursos a la lengua hablé mirando,
 propuse mudo y obligué temiendo.
 Ella cifras de amor deletreando
 lo que negó callando pagó viendo.
 ¡Oh amor, al principiar dulces enojos,
 idiota en labios, elocuente en ojos!

Puso a la fiesta fin la aurora, llena
 de envidias más que aljófares; ¡qué prisa
 a mi espaciosa suspensión! ¡Qué pena
 a obscura ausencia su purpúrea risa!
 Acompañé hasta el coche a mi Sirena...

CARLOS: ¿Que Sirena es la dama que me avisa
 tu inadvertencia? Más que a tu cuidado
 a tu descuido quedaré obligado.

Ya César me sacaste de adivino;
 prosigue.

CÉSAR: ¿Para qué, si soy tan necio
 que ofendiendo secretos descamino
 dichas de amor y leyes menosprecio?
 Pasé a la lengua el alma, en ella vino
 Sirena aposentada; que no precio
 sin Sirena vital acción ¡qué asombro!,
 vivo en nombralla y muero si la nombro.

Ya, Carlos, sabes más que yo quisiera;
 vencísteme y perdíla por nombralla.
 ¡Oh lengua para el mal siempre ligera!
 ¡Oh pecho descuidado al refrenalla!
 Si eres leal, si quieres que no muera,
 su nombre se te olvide, o si no calla;
 que si alcanza a saber que está ofendida
 desacredito a amor, pierdo la vida.

CARLOS: ¡Ah, César, quién pudiera ejecutivo
quererte menos por vengar agravios!
¿Qué importa conocerla si en ti vivo?
Lo que me ocultas tú debo a tus labios;
prosigue con tu amor ponderativo
y estima en más respetos, si no sabios,
leales en sufrirte y no ofenderte,
que al olvido la nombras o a la muerte.

CÉSAR: ¿Qué quieres, caro amigo, que prosiga?
Facilitó imposibles la frecuencia;
muchas veces la hablé; muchas obliga
a firme resistir, firme asistencia;
desdeñosa al principio, ya mitiga
rigores, ya al amor, correspondencia
que caudalosa en voluntades trata,
risueña obliga y satisface grata.

Sólo de tu amistad, --¿diré envidiosa?,
bien puedo, que no quiere que a la parte
entres con ella en alma que imperiosa
duda de gobernar sin desterrarte--
premática me puso rigurosa
con privación de no comunicarte
su nombre, ni mi amor, y esto con pena
que en sabiéndolo tú, pierdo a Sirena.

Sé agora, Carlos, juez de mi indiscreto
roto silencio ya; serás testigo
de mi muerte también si a su respeto
te atreves y a la ley de hidalgo amigo.
De mi alma eres señor; de mi secreto
con la sortija de Alejandro obligo
tus labios y lealtad, porque al sellarlos
la fe que a Efestión obligue a Carlos.

Sale GASCÓN

GASCÓN: ¡Damas, cuerpo de Dios, damas,
despedid por hoy enojos
y desenvainad los ojos
que en las amorosas llamas

un crítico los llamó
 espadas negras de esgrima!
 A Sirena y a su prima
 cierto coche malparió
 en ese jardín frontero,
 porque entre sus hortalizas
 flores se llamen mellizas
 y su comadre el cochero.

Visto os han y acá se aplican;
 amor en el campo es hambre
 y todo encuentro fiambre
 da apetito; si se pican
 dos a dos estáis.

CÉSAR: Ya temo
 con qué ojos miraré,
 Carlos, a quien quebranté
 el primer precepto.

CARLOS: Extremo
 escrupuloso es el tuyo;
 ya yo no tengo memoria
 de lo dicho. A mi Vitoria
 voy a ver; ¡ay Dios, si suyo
 me llamara! Tú, entre tanto
 que sus rigores mitigo,
 prosigue dichas amigo,
 proseguiré yo mi llanto;
 que en mis penas divertido
 si tú en tu gloria elevado
 sabrá en tu amor mi cuidado
 darme por desentendido.

Vase

GASCÓN: (Dama falta para mí; Aparte
 el primer lacayo soy
 que huérfano de hembra estoy.
 Díjerala a hallarla aquí,
 a fuer de cómico humor:
 "¿Y ella no nos dice nada?"

Respondiérame alentada:

"Y él ¿sabe tener amor?"

 "Y ella ¿qué gusto embaraza?

¿qué voluntad fregoniza?"

"Y él ¿en qué caballeriza

ejercita la almohaza?"

 "Y ella ¿a quién vende novillos?"

"Y él ¿cuánto ha que es moscatel?"

Porque eso de "¿y ella?" "¿y él?"

dan al gracejo estribillos.

 Mas pues lacayo soltero

soy y no hay con quién hablar

iréme a cochiquizar

un rato con el cochero.

Vase. Salen SIRENA y DIANA

SIRENA: Estas riberas frecuento
con notable inclinación.

DIANA: Animán la suspensión
de tu altivo pensamiento
sus márgenes siempre amantes,
que contra estivos rigores
humildes ya en niñas flores,
locas ya en plantas gigantes,
tejiendo lazos estrechos
criaturas dél parecen,
que aves cantan, vientos mecen
y él alimenta a sus pechos.

SIRENA: Poéticas descripciones
autorizas.

DIANA: Entretienen
mientras obscuras no vienen
a deshermanar razones.
Mas advierte que hemos sido
asaltadas.

SIRENA: ¿Cómo así?

DIANA: César, tu amante, está aquí.

SIRENA: La primer vez que ha venido

desacompañado es ésta.
 ¿César sin Carlos? Extraña
 novedad.

DIANA: No se acompaña
 amor que no manifiesta
 sus secretos; soledades
 busca toda suspensión.

SIRENA: Di leyes de mi afición,
 que malogran amistades.

Llégase a ellas

CÉSAR: Viendo yo la compostura
 deste sitio, prenda mía;
 las nuevas flores que cría
 su aventajada hermosura,
 luego dije a mi ventura,
 "¿Tan alegre esta ribera?
 ¿tan florida y lisonjera?
 Notable ocasión tendrá;
 que quien tan compuesta está
 visita o huésped espera."

 No salió mi consecuencia
 mentirosa, si bien veo
 que no es cortés este aseo
 sino loca competencia.
 El campo en vuestra presencia
 con arrogante osadía
 parece que os desafía
 y en plaza de armas de flores
 esperanzas y temores
 le dan miedo y osadía.

 Competencia es desigual;
 envidias de perlas llora;
 rindióse, ya es vencedora
 la marquesa del Final.
 Los pies os besa en señal
 de que humilde os obedece;
 ya le pisáis, ya florece

de nuevo; dichoso ha sido
 quien pisado y oprimido
 risa aumenta y flores crece.

SIRENA: Ni el río, César, ni el prado
 enseñaros a hablar pudo,
 que uno y otro, obrando mudo,
 cuerdo obliga y causa agrado.
 Hasta el río es tan callado
 que con reinar su corriente
 desde su ocaso a su oriente
 palabras aborreció
 tanto que se llama el Po
 con dos letras solamente.

Vos, al contrario, perdiendo
 suertes que estoy recelando
 lleváis mal amar callando
 y obligar obedeciendo.
 Perficionaros pretendo,
 César, porque en mi afición
 no tendrá jurisdicción
 --esta altivez perdonad--
 ni parlera voluntad,
 ni ocupada inclinación.

CÉSAR: ¿Pues quién, si no lo fingís,
 ocupando el alma mía
 os usurpa monarquía
 que sola en ella adquirís?

SIRENA: Pensamientos divertís,
 que yo quisiera ocupados
 y menos comunicados
 con quien, no sé si indiscreto,
 desacredita el secreto
 que abona vuestros cuidados.

Este Carlos ha de echaros,
 César, a perder sin duda.

CÉSAR: Con él mi voluntad muda
 no se ha atrevido a agraviaros;
 obedeceros y amaros
 son el arancel que sigo,
 tanto que con ser mi amigo

y una alma sola los dos,
 porque me lo mandáis vos
 le agravio y le desobliga.

Ni yo le he comunicado
 desvelos de mi ventura,
 ni él, aunque los conjetura,
 saberlos ha procurado.

SIRENA: Andáis vos muy alentado,
 César, para no tener
 amigo con quien hacer
 plaza de favorecido
 que suele, si está oprimido,
 un secreto enflaquecer.

Vos sólo en mi voluntad
 sois absoluto señor;
 si es correspondencia amor,
 pagadme con igualdad;
 no ha de ocupar su amistad
 alma que se llame mía
 por más que en ella porfía
 vivir quien me la usurpó,
 que soy muy gran huésped yo
 para estar en compañía.

Carlos, sea o no leal,
 me cansa, y no será bien,
 César, que queráis vos bien
 a quien me parece mal;
 dejarle será señal
 de que a mi amor os obligo.

CÉSAR: Mirad, señora...

SIRENA: Esto os digo;
 leyes de mi gusto son.
 César, en resolución
 o con Carlos o conmigo.

Vase

CÉSAR: Esperad, oíd; tenelda,
 Diana hermosa, obligalda

a que me escuche; llamalda,
reducilda, disponelda...

DIANA: Si la amáis, obedecelda,
César; que probar ordena
a costa de vuestra pena
la fe de vuestra afición.

CÉSAR: ¿Pues eso...?

DIANA: En resolución,
con Carlos o con Sirena.

Vase

CÉSAR: Esto estriba ya en porfía
más que en finezas de amor;
no hay belleza sin rigor,
ni altivez sin tiranía.
Estos espíritus cría
la hermosura idolatrada.
¡Ah presunción encantada
en mujer desvanecida;
arrogante si querida,
terrible si despreciada!
¿Que deje yo la amistad
de Carlos? ¿Que agravie yo
a quien debo tanto? El Po,
padre desta amenidad,
primero a la eternidad
casi de su curso frío
con mudable desvarío
ofenderá y imprudente
nacerá mendiga fuente
donde muere inmenso río,
que con culpables mudanzas
ofenda la inclinación
que aumenta mi obligación
y alienta mis esperanzas.
Ponga el tiempo en dos balanzas
mi amistad, mi ardiente pena,
que si a olvidar me condena

la una fuerza ha de ser,
 Carlos, por no te perder
 dejar de amar a Sirena.

Adórola; mucho digo.
 ¡Oh ciegas contrariedades!
 Hallar podré otras beldades,
 pero no otro igual amigo.
 Si le dejo, me castigo;
 piérdome, si no le dejo
 y en dos caminos perplejo
 hallo --¡extraña confusión!--
 mi desdicha en la elección
 y mi daño en el consejo.

Sale CARLOS muy contento

CARLOS: ¡Cómo podré yo explicarte
 mi gozo, amigo...! No digo
 bien, que el señor no es amigo,
 y viniendo a gratularte
 duque de Milán, no es cuerdo
 el título que te doy.
 Tu vasallo, duque, soy
 cuando el ser tu amigo pierdo.
 Murió tu sobrino ya;
 duque de Milán te aclama
 festiva a voces la fama
 y de suerte alegre está
 la nobleza y pueblo junto,
 que agradeciendo a la muerte
 su dicha olvida por verte
 las obsequias del difunto.
 En tu busca la nobleza
 sale y toda la ciudad:
 trueque por la majestad
 el título vuestra alteza
 y déme para besarlos
 los pies.

CÉSAR: Cuando estilo mudas

me ofendes por ver que dudas
de lo que te estimo Carlos.

El parabién que me das
dátele también a ti;
para ti soy lo que fui,
duque para los demás.

La fortuna no enajena
amigas jurisdicciones.
El norte de mis pasiones,
como sabes, es Sirena
y puesto que pende della
toda mi felicidad,
por no perder tu amistad
a riesgo estoy de perdella.

No me mudo yo, aunque herede;
César para ti he de ser;
que Milán no ha de poder
lo que Sirena no puede.

CARLOS: ¿Pues qué hay en eso?

CÉSAR: Despacio
sabrás las contradicciones
de mis confusas pasiones.
Vamos agora a palacio;
y mientras conmigo estás,
Carlos, a solas no mudes
estilo ni de mí dudas,
que si apetezco ser más
es para que más poseas.

CARLOS: Eres César y de modo
lo vengas a ser del todo
que César Augusto seas.

Vanse. Salen SIRENA y DIANA

SIRENA: ¿Duque, César?

DIANA: Premia el cielo
partes dignas de reinar.
Creció a sus plumas el vuelo
tu amor; ya te puedo dar

plácemes.

SIRENA: ¿De qué?

DIANA: El desvelo
con que César te ha servido
aumentará en tu favor
deseos contra el olvido;
que en el noble crece amor
con el estado.

SIRENA: He nacido,
Diana, tan sobre mí
que si le favorecí
hasta este punto, no sé
desde agora lo que haré.

DIANA: ¿Qué dices? ¿Estás en ti?

SIRENA: Estoylo, y tanto que crece
mi olvido con la razón.
Creerás que me desvanece
la ducal ostentación
que esa esperanza me ofrece;
mas puesto que él lo merezca
yo solo intento querer,
aunque soberbia parezca,
amante que engrandecer,
no duque que me engrandezca.
Llegará a mí presumido,
cuando no desvanecido,
César a hablarme y creerá
que sus dichas pisan ya
celos, desdenes y olvido.
¡Qué grave que entrará a verme!
¿Mas que hace, para obligarme,
majestad el pretenderme,
favor el solicitarme
y pasatiempo el quererme?

DIANA: ¡Ay, prima! Déjate deso
que pones en opinión
tu cordura.

SIRENA: Todo exceso
altera la discreción,
Diana, y oprime el seso.

Hombre que duda dejar
 por mí un amigo y causar
 pudo en mi amor sentimiento
 ¿no ha de obligar mi escarmiento?
 ¿No me ha de desestimar
 duque ya y entronizado;
 de monarcas pretendido
 por yerno, solicitado
 de reyes y persuadido
 a deidades de su estado?

DIANA: ¿Luego no le quieres bien?

SIRENA: Infinito.

DIANA: ¿Pues qué intentas?

SIRENA: Que celos causa le den
 de amarme más.

DIANA: De esas cuentas
 no sé si has de salir bien.

SIRENA: Esta alta razón de estado
 mis quimeras han hallado,
 que ha de ser en mi favor;
 con celos se aumenta amor,
 sin ellos es descuidado.
 César, duque de Milán,
 de lisonjas aplaudido,
 si desvelos no le dan
 recuerdos, prima, en su olvido
 mis deseos penarán;
 a más difícil empresa
 más ardides, más soldados.

DIANA: ¿Y si te deja?

SIRENA: Marquesa
 me quedo, alivio cuidados
 y esperanzas de duquesa

DIANA: Terrible, Sirena, estás;
 pero ¿con quién le darás
 celos, rabiosos venenos?

SIRENA: Con hombre que valga menos
 para que lo sienta más.
 Marco Antonio, aquece necio,
 para esto me ha parecido

bien, aunque de poco precio.

DIANA: Celos engendran olvido
si paran en menosprecio.

SIRENA: Yo he de probar los quilates
de los celos.

DIANA: Grande error
es que probar hombres trates,
porque pruebas en amor
suelen llorar disparates.

Sale MARCO ANTONIO

MARCO ANTONIO: Por no ver los regocijos
que a César previene el pueblo...

A SIRENA

... a ese César venturoso,
--perdóneme si le afrento
cuando este nombre le aplico,
que yo no sin causa pienso
que necesidad y ventura
en este siglo es lo mismo--
salí a divertir envidias
a esta soledad, creyendo
crecer en ellas pesares,
porque los mismos efectos
causan la música y campos,
si es verdad que son aumentos
de tristezas en el triste,
de gustos en el contento.
Mas piadosa la fortuna
dio a mis pesares consuelo
cuando menos le esperaba
con vuestro dichoso encuentro;
pues del modo que se olvidan
nafragios, tomado el puerto,
heridas con la victoria

y trabajos con el premio,
 mis envidias se olvidaron,
 hermosa marquesa, viendo
 en vos cifrado mi alivio,
 pues no hay penas donde hay cielos.

SIRENA: Enfermos de un mal los dos,
 Marco Antonio, nos podremos
 consolar el uno al otro,
 si consuela el mal ajeno.
 Yo también a estas riberas
 contaba los desaciertos
 en que la fortuna loca
 constituye su gobierno.
 Cortó en agraz el abril
 del más ilustre mancebo
 que vio Milán en su silla,
 que dio esperanzas al tiempo.
 Dejó en su lugar a César,
 si antes de heredar soberbio,
 juzgad vos qué tal será
 ya señor, ya no heredero.
 No hay elección en los hados;
 desde sus principios fueron
 naturaleza y fortuna
 opuestas en sus efectos.
 ¡Cuánto érades vos más digno,
 noble, gallardo, discreto,
 cortés, liberal, afable,
 que un hombre en todo diverso!

MARCO ANTONIO: Ya que esa merced me hacéis,
 y adorándoos no hay secreto
 que ose el alma reservaros,
 yo, mi Sirena, os prometo
 que llegándome a mirar
 no ha mucho al líquido espejo
 dese cristal fugitivo,
 dije --sus flores lo oyeron--
 "Si méritos y no dichas
 entronizaran sujetos
 sin excepción de personas

¿quién me negara el imperio?
 En los dotes naturales
 ¿qué me falta? ¿qué no tengo?
 Sangre ilustre, deudos claros,
 alma noble, gentil cuerpo,
 generosa inclinación,
 alentados pensamientos
 en la adversidad constantes
 en la prosperidad cuerdos;
 infatigable al trabajo,
 festivo y galán en juegos;
 para el amigo apacible
 para el contrario severo;
 estudioso cortesano...
 y, sobre todo, --¿dirélo?--
 de la marquesa bien visto,
 con que a mi dicha eche el sello."

DIANA: (Tal te dé Dios la salud.) Aparte

SIRENA: (¿Hay presumido más necio? Aparte

Buen competidor escojo
 para darle al duque celos.)

A él

No desmerecéis conmigo
 por alabaros, si es cierto
 que quien a sí no se estima
 causa en otros menosprecio.
 Más con eso me obligáis,
 que el propio conocimiento
 incita a heroicas acciones
 y más siendo como el vuestro.
 Creed, señor Marco Antonio,
 que pudo en mí el conoceros
 tal vez tanto que ha formado
 quejas contra vos mi sueño.
 Contemporizad prudente
 de la fortuna sucesos,
 ciegos como quien los guía.

César es duque, en efeto;
 conformaos con sus vasallos,
 id galán, dalde compuesto
 parabienes pesarosos,
 aplaudilde lisonjero;
 que yo por contrapesar
 vuestros justos sentimientos
 añadiré a vuestras galas
 favores agora honestos.
 Esta banda de diamantes

Dásela

tuvo a un príncipe por dueño
 que por vos pongo en olvido,
 mejorada ya de empleo.
 Honralda y después...

*Sale GASCÓN y habla por las espaldas a MARCO
 ANTONIO, creyéndole su amo*

GASCÓN: Señor,
 ricos, pobres, mozos, viejos,
 damas, dueñas, calles, plazas,
 fiestas, danzas... ¿Cómo es esto?

*Vuelve MARCO ANTONIO y conócele
 GASCÓN*

Vueselencia me perdone,
 que como no ha muchos credos
 que dejé a mi dueño aquí,
 pensé --es mi oficio dar piensos--
 que con vos se entretenía.

MARCO ANTONIO: A ser vos no tan grosero,
 pudiérades conocer
 quién soy yo.

GASCÓN: Tenéis los lejos
 ducales y no estoy ducho
 en examinar reversos
 humanos porque chamuscan
 a quien camina zaguero.
 No soy derramaplaceres;
 perdonadme, que ya os dejo;
 paréntesis fui lacayo,
 ni añadido ni quito al texto.

Quiérese ir

SIRENA: Esperad, ¿a quién servís?
 GASCÓN: Serví hasta aquí a un caballero
 con no más que dos caballos,
 mas ya se llama duqueso.
 SIRENA: ¿Criado del duque sois?
 GASCÓN: Criado, si no a sus pechos,
 a los de real y cuartillo,
 que me hacen su racionero.
 SIRENA: Pues no os vais, que tengo mucho
 que preguntaros.

A MARCO ANTONIO

 Al cuello
 Marco Antonio este favor
 lucid.
 MARCO ANTONIO: Añadid a premios
 de oro, prendas de cristal;
 sellad labios que soberbios
 se alabarán presumidos
 si los permitís abiertos.

Bésale una mano

DIANA: (¿Hay locuras semejantes?) Aparte

GASCÓN: (¡Zape! Sal quiere este huevo. Aparte
Si es amor, por Dios que escoge
mal Adonis vuestra Venus.)

SIRENA: Dad, Marco Antonio, por mí
un recaudo al duque nuevo,
corto y tibio; que a esto obligan
enfadosos cumplimientos.

GASCÓN: (¿Cumplimientos con enfado Aparte
a un duque, señor supremo
de Milán? Opilaciones
son de amor; saco el acero
que deshinche presumidas.)

A MARCO ANTONIO

SIRENA: Correspondedme discreto
y advertid que os quiero mucho.

GASCÓN: (¡Oh qué tonto mucho os quiero!) Aparte

SIRENA: ¡Hola, el coche!

A GASCÓN

Venid vos
conmigo.

DIANA: Prima, ¿qué has hecho?

SIRENA: Estratagemas amantes.
Diana, yo he dado en esto,
veamos en lo que para.

GASCÓN: (Un mucho voy satisfecho, Aparte
que la he parecido bien;
hembra es en fin, yo soy hembro.
Quien a tal hombre hace cara,
en la opinión majadero,
si ha de escoger lo peor
escogeráme; apostemos.

Vanse

FIN DEL PRIMER ACTO

ACTO SEGUNDO

*Salen CÉSAR y CARLOS de luto mediano, y
acompañamiento*

CÉSAR: Yo estoy reconocido
a la lealtad y amor con que ha venido
la ciudad a ofrecerme
la corona ducal y a entretenerme
en las ostentaciones
festivas, que en aquestas ocasiones
a mis antepasados
dejaron aplaudidos y obligados.
Obsequias funerales
sentimientos de amor piden iguales;
que con honras funestas
no dicen, caballeros, bien las fiestas.
Cumpla el culto divino
en primero lugar con mi sobrino
y después darán muestras
con regocijos las lealtades vuestras;
que juzgo por azares
eslabonar placeres con pesares.

[CORTESANO]: Alabe en vuestra alteza
Milán la discreción con la grandeza
y llámese dichoso,
señor que es heredero generoso
no sólo deste estado
de las almas también, que en tanto grado
rinden agradecidas
a dominio de amor feudo de vidas.

Vanse los [cortesanos]

CÉSAR: Cúbrete, Carlos, agora.

CARLOS: ¿Yo, señor?

CÉSAR: En la igualdad
dijiste que la amistad
consistía; no lo ignora
quien si en público pudiera
hacer que te respetaran
todos y a mí te igualaran,
mi mismo poder te diera.
Cuando estás solo conmigo
indistinto de mí te hallo;
sé en público mi vasallo,
pero en secreto mi amigo.
Cúbrete.

CARLOS: Servirte gusto.

CÉSAR: No digas servir aquí.

CARLOS: Cumplo tu gusto.

CÉSAR: Eso sí;
no sirve, sino hace el gusto
de su amigo quien merece
tal nombre. Duque soy ya;
gozoso Milán me da
su corona y me obedece.
No me has de juzgar ingrato,
también tú has de ser marqués
de Monferrato.

CARLOS: Los pies
te beso. Mas Monferrato
ya es pequeño para mí;
pues si con nombre de amigo
soy una cosa contigo,
distinguiéndome de ti
de ese modo, no podrán
darme título de cuerdo
los que ven que marqués pierdo
el ducado de Milán.

CÉSAR: Bien arguyes; serás pues
por ese mismo respeto

duque conmigo en secreto,
pero en público marqués.

¿Cómo te va con tu dama?

CARLOS: Más a mi gusto se inclina
a mis ruegos.

CÉSAR: Si adivina
amor, profética llama,
Carlos, que eres ya marqués
de Monferrato, no dudo
que lo que tu amor no pudo
pueda en ella el interés.

¡Ojalá hiciera la mía
otro tanto! Esta mudanza
crece en mí desconfianza:
¡Amor, ciega tiranía!

No me puedo persuadir
que mujer que me desdeña
por ocasión tan pequeña
como es el verme asistir
a tu amistad tenga amor.

CARLOS: Si hasta agora no heredado,
dueño suyo te ha llamado,
siendo de Milán señor
¿quién duda que este respeto
grados a su amor añada?

CÉSAR: Quien cual yo se persuada
que es la mujer un sujeto
tan leve y sin fundamentos
que en su varia confusión
reinan, ciega la razón,
efímeros pensamientos.

Jardín de diversas flores
que con inconstancia vana
nacen hoy, mueren mañana.

Esta suerte sus favores
logra cualquier voluntad
que en mujer los vinculó,
y por esto se llamó
hermosa la variedad.

Sale GASCÓN

GASCÓN: Aunque los que ejercitamos
 ministerios inferiores
 ni hablamos con los señores
 ni retretes profanamos
 --el uso, excepción de leyes,
 que en las comedias admite
 porque el vulgo lo permite
 hablar lacayos con reyes--
 esta vez, que por ser una
 se me puede tolerar,
 subo, gran señor, a dar
 plácemes a tu fortuna.

CÉSAR: Admítolos. Yo os haré
 mercedes; andad con Dios.

GASCÓN: "¿Os haré?" y "¿andad?" ¿Ya es *vos*
 lo que *tú* hasta agora fue?
 Pues, vive Dios, que hubo día,
 aunque des en vosearme,
 que de puro tutearme
 me convertí en atutía.

CÉSAR: Gascón, tu estancia es abajo;
 vete y despeja.

GASCÓN: Eso sí;
tú por *tú*, "vete" de aquí,
 y no "andad" con tono bajo,
 que esto de *vos* me da pena.
 Voyme; pero si te agrada
 daréte yo una embajada
 de la marquesa Sirena.

CÉSAR: ¿De quién?

GASCÓN: No sé yo si amor,
 si desdén, si celibato,
 me dio el cargo en breve rato
 de lacayo embajador.
 Dejéte con ella hablando
 a los ribetes del río
 y cumpliendo un desafío

del cochero estaba dando
 un rentoy, cuando escuché
 entre música festiva
 decir "¡César duque viva!"
 Alegre el naipe solté,
 y viendo que en busca tuya
 se despoblaba Milán,
 salto como un gavilán
 y luego todo aleluya
 creyendo hallarte con ella,
 --conocíla por las faldas--
 vi a un hombre por las espaldas:
 El placer ¿qué no atropella?
 Los ojos me encantusó;
 que era mi duque entendí,
 las albricias le pedí;
 pero al punto que volvió
 la cabeza, en testimonio
 de lo que es una mujer,
 llegué a ver --y qué mal ver--
 tan privado a Marco Antonio
 que con el favor ufano
 que la señora le dio
 con los labios la ensució
 las espaldas de una mano.

CÉSAR: ¿En la mano de Sirena
 labios Marco Antonio?

GASCÓN: Sí.
 Perdón cortés le pedí
 y él, en lo hinchado ballena
 si en los méritos mosquito,
 me dijo: "Sois un grosero."
 Respondíle: "Caballero,
 yo aquí ni pongo ni quito;
 nací a escuras y he quedado
 grosero de conyunturas;
 que madre que pare a escuras
 ¿cómo puede hilar delgado?"
 Quise dejarlos, mas luego
 que la marquesa advirtió

ser ministro tuyo yo
 me manda que aguarde; llego
 a ver favores amantes
 y miro que la Sirena
 le echó al cuello una cadena,
 si no banda, de diamantes.

CÉSAR: ¿Qué dices, loco?

GASCÓN: Una banda,
 vive Dios, que vi a tu pecho
 mil veces; y él, satisfecho
 de necio, oye que le manda
 que viniendo a visitarte
 cuando en tu presencia esté
 muy corto y tibio te dé
 un recaudo de su parte,
 sin más encarecimientos
 ni muestras de regocijo;
 porque a aquesto obligan, --dijo--,
 enfadosos cumplimientos.

Despidióse y luego escucho
 que dijo con tierno afecto:
 "Correspondedme discreto
 y advertid que os quiero mucho."

Porque vean lo que son
 las mujeres, aunque sean
 marquesas, y porque vean
 la medra de su elección.

Partióse él favorecido
 y llamándome la dama
 me dijo: "A quien tibio ama
 pone mi agravio en olvido.

Marco Antonio es voluntad
 todo, y a mi amor sujeto
 ni ocasiona su secreto,
 ni me ofende su amistad."

"Pues a mí, señora mía,
 ¿tócame eso?" --la respondo--.
 "Nunca me meto en tan hondo.
 Gócele vueseñoría,
 sin que se deshaga dél

un siglo, pues le escogió
 cuerdo o necio, porque yo
 no he de casarme con él."

Replicóme, "Aquesto os digo
 para que a vuestro señor
 digáis; que en casos de amor
 a quien tiene tal amigo
 poco le desvelarán
 venganzas de una mujer
 y a mí menos el perder
 la corona de Milán."

Picó con esto el cochero;
 dejóme y viniendo aquí
 lo pasado referí,
 relator y mensajero.

Y agora que del trabajo
 presente me descargué,
 los altos despejaré
 por los países de abajo.

Vase

CÉSAR: ¿Ves, Carlos, cómo ha salido
 verdadero mi temor?
 ¿Cómo no me tiene amor
 Sirena? ¿Cómo ha fingido
 achaques y cómo es cierto
 que es Marco Antonio el dichoso?
 Pues dámele tú achacoso
 que yo te le daré muerto.

CARLOS: Admiro en tal discreción
 tan desatinado empleo,
 puesto que en la mujer veo
 la heredada imperfección
 de nuestra madre primera
 que escogió, como mujer,
 lo que nos echó a perder.
 La marquesa es su heredera,
 y hala querido imitar;

pero anime tu venganza
 el ser la mujer mudanza
 y que al fin se ha de mudar
 Sirena.

CÉSAR: ¿Y eso es bastante?

Pudieras, Carlos, saber,
 si es mudable la mujer
 que en sólo el mal es constante,
 y que con tales desvelos
 es ya mi pena mayor.
 ¡Qué mal nacido es amor
 pues que se aumenta con celos,
 enflaquece con regalos
 y con desfavores crece!
 Esclavo, aunque es dios, parece
 pues hace virtud a palos.
 ¿Qué he de hacer?

CARLOS: De mi consejo,

fingir rigores conmigo;
 pues viéndote mi enemigo
 y que tu privanza dejo,
 si es ardid de su desdén
 el probarte contra mí,
 podrá ser se ablande así
 y pague en quererte bien.

CÉSAR: Carlos, no me des disgusto;

no es amor lo que es porfía
 ni se funda en tiranía
 la ley süave del gusto.

Yo adoraré su hermosura
 sin desdorar mi valor
 y aborreceré en su amor
 el tema de su locura.

*Sale MARCO ANTONIO muy de gala con la cadena de
 SIRENA*

MARCO ANTONIO: Aunque mis gratulaciones
 no sean de las primeras,

gran señor, y prevenciones
adelanten lisonjeras
festivas ponderaciones,
por mías se estimarán
no obstante que lleguen tarde.
Mil años goce Milán
esta dicha.

CÉSAR: Dios os guarde.
¿Cómo venís tan galán
a verme cuando este estado
por el dueño malogrado,
que en tierna edad se le ha muerto,
de cuerdo luto cubierto
sentimientos ha mostrado
dignos del postrer tributo
que deben los caballeros
a su señor absoluto?
Parabienes de herederos
son parabienes de luto.

MARCO ANTONIO: Gran señor, inadvertencia
de amante favorecido
culpó mi poca experiencia.
Quiero bien; precepto ha sido
entrar así en su presencia
de una dama.

CÉSAR: En los amantes
no son disculpas bastantes
las que en tales ocasiones
deslucen obligaciones.

MARCO ANTONIO: Esta banda de diamantes
me echó al cuello y me mandó
que con ella a vuestra alteza
visitase.

CÉSAR: Bien sé yo
que aborreciendo firmeza
de diamantes os la dio.

A CARLOS aparte

¡Ay Carlos, que estoy perdido
 a no vengarme, obligado
 por ser duque, y en su olvido
 a morir disimulado
 y a no quejarme ofendido!

A MARCO ANTONIO

Amante sois puntual;
 no me ha parecido mal
 que así cumpláis vuestro amor.

MARCO ANTONIO: Háceme mucho favor
 la marquesa del Final.

CÉSAR: ¿Que en vos logra su cuidado
 la marquesa? ¿Y llevará
 bien el que la hayáis nombrado?

MARCO ANTONIO: ¿Pues no, señor? Claro está;
 que trayéndoos un recado
 de su parte me consiente
 alardes de su hermosura.
 Dice que por el presente
 estado os dé la ventura
 laureles, que en vuestra frente
 multipliquen en Milán
 cuantas coronas están
 por el mundo repartidas,
 porque las gocéis unidas
 con el imperio alemán.

CÉSAR: Decilde vos a Sirena
 que de su cuerda elección
 la doy yo la enhorabuena;
 que escogió a satisfacción
 de todos; que quien ordena
 de sus afectos tan bien
 no nos deja qué cuidar;
 que admito su parabién
 y que os pudiera envidiar
 quereros tal beldad bien,
 si el cargo destes estados

dejara desocupados
 pensamientos inferiores
 que ya en materia de amores
 se retiran jubilados;
 y que he de ser yo el padrino
 desposándose con vos.

A CARLOS aparte

¡Ay Carlos, qué desatino!
 MARCO ANTONIO: Guarde a vuestra alteza Dios,
 que puesto que soy indigno
 de tal merced le prometo
 reconocella leal
 y desde agora la aceto.

CÉSAR: Si sois marqués del Final,
 tendrá un señor muy discreto.

Vase [MARCO ANTONIO]

CARLOS: Ya de tu desasosiego
 la cura eficaz hallé;
 que más alcanza quien ve
 que el que se ocupa en el juego.
 Ni Sirena te aborrece,
 ni mi amistad la da enojos,
 ni en Marco Antonio los ojos
 pone, ni le favorece.
 Por tenerte inclinación
 con ardides te conquista
 su amor; sé buen estadista
 y lograrás tu afición.
 Mujer que estima el secreto
 de su amor de suerte en ti
 que le recela de mí,
 si no te quiere ¿a qué efeto
 mandarle publicar pudo
 a este necio opositor,

en él pregonero amor
 y en ti solamente mudo?
 Sin más causa, no lo creas.

Obligarle a visitarte
 con recaudos de su parte
 para que en su cuello veas
 prendas de quien dueño fuiste;
 permitir su desenfado
 delante de tu criado
 las cosas que agora oíste,
 no está fundado en desdén
 si reparan tus desvelos
 en que ninguno da celos
 a lo que no quiere bien.

CÉSAR: ¿Pues en qué puede estribar
 que se deleite Sirena,
 Carlos, en darme a mí pena?

CARLOS: Descuida el asegurar
 y aviva mucho el temer.
 Vete Sirena ensalzado,
 por duque reverenciado
 y casi real tu poder;
 dificulta su esperanza
 al paso que vas creciendo,
 y amor por celos subiendo
 lo más remontado alcanza.

A más subir, más escalas
 para alcanzarte procura,
 porque a tan sublime altura
 mal volará amor sin alas.

En esta razón de estado
 funda todo su rigor.

CÉSAR: De su filósofo amor
 pienso que en la causa has dado;
 y sírreme de consuelo
 el imaginar que así
 no se desdeña de mí
 quien viviendo con recelo
 de que me puede perder
 celos pone de por medio.

Confíesote que es remedio
de tan eficaz poder
que igualmente crece en mí,
Carlos, mi amor con mi agravio.

CARLOS: Pues aprovéchate sabio
de sus armas.

CÉSAR: ¿Cómo así?

CARLOS: Finge amar en otra parte,
que celos en competencia
donde hay menos resistencia
vencedor han de sacarte.

Sirena es mujer; no puede
siéndolo disimular
su menosprecio y pesar;
fuerza es que vencida quede.

Amante que fue querido
y ruega menospreciado
muestras da de afeminado
cuando se humilla ofendido;
y no has de ser tú tan necio
que ruegos en tal sazón
animen su presunción
y engendren su menosprecio.

CÉSAR: ¡Qué experimentado estás
en amorosos desvelos!

CARLOS: Batallen celos con celos;
veremos quién puede más.

CÉSAR: Alto, yo he de obedecerte.
Mas ¿a quién elegiré
para eso?

CARLOS: Yo te daré
dama para merecerte,
digna de humillar el seso
más libre, cuya presencia
a Sirena en competencia
desvele.

CÉSAR: No digas eso,
que en Sirena aventuró
la hermosura su caudal.

CARLOS: ¿No merece ser igual

la que en Valencia del Po
 es condesa? ¿No es Narcisa
 hermosa competidora
 del sol de quien es aurora?

CÉSAR: Carlos, es cosa de risa
 compararla con Sirena.
 Alabo su perfección,
 celebro su discreción
 y sé que Narcisa es buena
 para que en ausencia suya
 encarezcas su favor,
 mas no para que en mi amor
 por Sirena sustituya.

CARLOS: No disputemos en eso;
 sólo intento que con ella
 pruebes en tu dama bella
 si celos quitan el seso.
 Prima es de Victoria.

CÉSAR: Ordena
 a tu voluntad la mía;
 que si de la tiranía
 triunfo por ti de Sirena
 y tus trazas me aseguran
 de su severo rigor,
 sabré que en males de amor
 celos con celos se curan.

Vanse. Salen NARCISA y ALEJANDRO

NARCISA: No has de salir al torneo
 si deseas darme gusto.

ALEJANDRO: En él, Narcisa, me empleo;
 mas mi palabra no es justo
 que por cumplir tu deseo
 se quiebre.

NARCISA: ¿Por qué has de dar
 palabra tú sin tener
 mi licencia?

ALEJANDRO: No has de usar

de tu amoroso poder
 tanto que no des lugar
 a que cumpla mi valor
 con la obligación mayor
 que como vasallo debo
 en Milán al duque nuevo.
 Sus límites tiene amor
 en materia de quererte,
 de agradarte, de servirte;
 mi gloria es obedecerte,
 mi regalo divertirme
 y mi tormento ofenderte.
 Pero en lo demás ya ves
 que soy libre.

NARCISA: No se ofende
 desto quien firme amante es,
 que amor a todo se extiende;
 y aunque en ese tema des
 dudo por lo que te quiero
 desgracias, que en tales fiestas
 un accidente ligero
 les vuelve tal vez funestas;
 y vistiéndose de acero
 no sé yo quién las ha dado
 ese nombre mal fundado;
 que fiestas si dellas gustas
 en vez de telas de justas
 visten telas de brocado.
 ¿Ves como tiene el amor
 derecho para mandarte
 que no salgas?

ALEJANDRO: Tu temor
 puede, mi bien, disculparte.
 Yo he de ser mantenedor;
 colores me puedes dar
 con que animes mi esperanza.

NARCISA: Mas que por este pesar
 has de obligar mi venganza...

ALEJANDRO: Ea, deja de amenazar,
 que cuanto más propusieres

olvidarme más me quieres.

NARCISA: Dame penas confiado;
sabrás tal vez tu cuidado
lo que es agraviar mujeres.

Sale CARLOS

CARLOS: En fe de lo que os estima
mi reconocido amor,
que ya por vuestro favor
alcanza el de vuestra prima,
Narcisa hermosa, no tengo
por contento el que hoy recibo
si del parabién me privo
que a recibir de vos vengo.

César, duque deste estado,
y tan amigos los dos
¿quién duda que me deis vos
plácemes de su privado?

NARCISA: Deseaba, Carlos, yo
de manera vuestro aumento
que al instante mi contento
las albricias me pidió;
que ya dobladas serán
pues, si no hay cosa partida
en amistad tan unida,
siendo duque de Milán
y gratulándoos a vos
parabienes desobliga,
pues dándolos a su amigo
en uno cumplo con dos.

El cielo en César aumente
estados que vos gocéis.

CARLOS: Como licencia me deis
para cierto caso urgente
aparte os quisiera hablar,
si Alejandro lo permite.

NARCISA: Alejandro siempre admite
lo que yo suelo estimar.

ALEJANDRO: Y más siendo vos a quien
tanto yo servir deseo.

CARLOS: Siempre, señora, me empleo
en lo que ha de estaros bien.

ALEJANDRO: (¿Que le está bien a Narcisa Aparte
y que no lo sepa yo?
Sospechas, mal sosegó
amor que al recelo avisa.
¡Vive Dios que voy dudoso!
¡Oh mar de amor, leve esfera,
qué poca ocasión altera
las olas de tu reposo!)

Vase

CARLOS: Condesa, esta universal
deidad, que todo lo abrasa,
ha traído a vuestra casa
al nuevo duque; su mal
sólo en vuestra discreción
espera remedio.

NARCISA: ¿En mí?
Carlos, jamás preferí
el oro a la inclinación;
yo se la tengo a quien puede
quejarse de vos.

CARLOS: Señora,
no os alteréis hasta agora;
que sin que Alejandro quede
de su amor desposeído,
ni vos el nombre temáis
que constante eternizáis,
lo que por el duque os pido
es tan sin riesgo del daño
que prevenida teméis...
como dél mismo sabréis,
que entra a veros

NARCISA: Si es engaño,
Carlos, perderéis conmigo

mucho crédito los dos.

CARLOS: Ni es contra él, ni contra vos
y es todo en bien de mi amigo.

Sale CÉSAR galán, como de noche

CÉSAR: Privilegios de la noche
divierten, Narcisa bella,
enfados y gravedades
que cuanto autorizan pesan.
Partieron jurisdicciones
el día y la noche quieta;
aquel negocios librando
y entretenimientos ésta.
Tanto destos necesito
que habéis de darme licencia
para que en vuestra hermosura
hallen puerto mis molestias.

NARCISA: Como yo sea tan dichosa
que en esta casa entretenga
sin agravio de mi fama
sus pesares vuestra alteza,
podré con ese favor
dar envidia a la soberbia,
calidad a quien la habita
y alabanza a su llaneza.
A lo menos yo, entre tanto
que tal merced gozo en ella,
quisiera como de duque
darle de rey norabuenas.

CÉSAR: Todo lo que yo valiere
como vos gustéis, condesa,
a vuestra disposición
tendrá ventura más cierta.
¡Ay Narcisa, y qué engolfado
en agravios, en sospechas,
en desprecios y en venganzas
vengo a que me saquéis dellas.

NARCISA: ¿Yo, gran señor?

CÉSAR: Sola vos
 habéis de ser contrayerba
 del veneno que me abrasa,
 del fuego que me atormenta.
 Esa discreción hermosa,
 esa hermosura discreta,
 castigo tiene de ser
 de presunciones protervas.
 Si vos no, ¿quién puede darme
 vitoria en tan ardua guerra,
 vida en tan mortal peligro,
 gloria en tan ingratas penas?

NARCISA: Haced, suplícoos señor,
 generosa resistencia
 a ímpetus desiguales
 si es bien que el valor los venza.
 Vos sois mi señor, mi duque,
 yo humilde vasalla vuestra,
 ciego amor, vidrio la fama.
 ¡Triste de mí si se quiebra!

CÉSAR: No acertáis, Narcisa hermosa,
 mi mal; de causa diversa
 proceden los desatinos
 que mi paz desasosiegan.
 Estad segura de quien,
 si como me llamo César
 y soy duque de Milán
 de los dos polos lo fuera,
 ni descortés a hermosuras,
 ni pretendiente por fuerza,
 ni cansado aborrecido,
 ni ingrato a correspondencias,
 diera a agravios ocasiones,
 motivo a plumas y lenguas,
 deslucimiento a mi sangre,
 ni a mis oprobrios materia.
 Otra hermosura me abrasa
 y solo estriba en la vuestra
 el remedio de mi vida.

NARCISA: Declárese vuestra alteza.

CÉSAR: La marquesa del Final,
por recíproca influencia
del cielo, por su hermosura,
por mis desdichas dijera,
si no agraviara elecciones
que aunque desdenes padezcan
empleos dichosos logran
por lo altivo que contemplan...
Sirena en fin, que en las sirtes
de amor a los que navegan
para anegar voluntades
fue en nombre y obras sirena,
correspondiente al principio
a pretensiones honestas,
agradecida a secretos
y amorosa a diligencias,
de tal suerte entró agradable
en el alma que gobierna,
lisonjeando esperanzas
y cautivando potencias,
que adorando esclavitudes
la aclamaron por su reina
deseos, vulgo de amor,
que ignorantes se sujetan.
Tirano fue cauteloso
que haciendo mercedes entra,
destruyendo vidas sale;
mas ¡ay cielos! si saliera
del pecho ¿qué me faltaba?
Leyes propuso severa,
ofendióse de amistades
y menospreció firmezas.
Heredé en esto a Milán;
¿quién, mi Narcisa, creyera
que aumentos de estados y honras
favores disminuyeran?
Crecí en dignidad, creció
en desdenes y en ofensas;
no siendo duque me amaba,
ya duque me menosprecia.

A un mozo bárbaro admite
tan pobre y falto de prendas
cuanto rico de venturas;
este me hace competencia.
Marco Antonio es el querido,
el menospreciado César;
mis dádivas le autorizan,
sus mudanzas me atormentan.
Fácil pudiera vengarme
a no envainar la prudencia
celos, armas prohibidas
en quien sin pasión gobierna.
Como me llama Milán
su señor, como respetan
ya lealtades, ya lisonjas,
por pisarla yo, la tierra,
júntanse mis menosprecios
a mis celosas sospechas
y de lesa majestad
delitos mi amor procesa.
Carlos que entrando a la parte
de mis prósperas y adversas
fortunas juzga por propias
las que publican mis quejas,
remedios busca eficaces
y discreto me aconseja
que castigando a mi ingrata
use de sus armas mismas.
Que la dé celos con vos
dispone, Narcisa bella;
milagrosa medicina
si sale bien su receta.
Ya vos sabéis --perdonadme--
de cuán flaca resistencia
sois todas cuando ofendidas
si cuando amadas soberbias.
Mi salud estriba en vos;
sed mi dama en la apariencia,
ayudadme cautelosa,
dadme venganza discreta.

Como enfermo os pido vida,
 como ofendido defensa,
 como vuestro duque ayuda,
 como mujer competencias.
 Castigad ingraticudes
 de quien vuestro sexo afrenta
 y coronen vuestras plantas
 el laurel de mi cabeza.

NARCISA: Puesto, gran señor, que es justo
 que vuestros agravios sienta
 y la elección que en mí hacéis
 reconocida agradezca,
 será razón ponderar
 qué tales las famas quedan
 de mujeres pretendidas
 si los príncipes las dejan.
 ¿Paréceos, señor, a vos
 que quien amante de veras
 rehusaba desigualdades
 las admitirá, si es cuerda,
 agora dama de burlas
 a los peligros expuesta
 de los juicios ociosos
 y sin el premio que esperan
 desaciertos a esta traza?
 ¿Mi amante vos en las muestras?
 ¿Yo vuestro empleo en el nombre
 y en la posesión Sirena?
 No gran señor, tenga yo
 más dicha con vuestra alteza
 que debo de haber estado
 con descréditos de necia.

CÉSAR: No os pido yo en perjuicio
 de vuestra opinión, condesa,
 livianas publicidades
 que os desdoren pregoneras.
 Ni esto puede durar mucho;
 que celos son impaciencias
 que en breve o mueren o matan;
 larga paz tras corta guerra.

Sospeche no más mi dama
 que ya vos lo sois; entienda
 que amada favorecéis
 y correspondéis honesta;
 que si celosa prosigue
 en mi agravio y en su tema
 podrán sanar desengaños
 lo que vislumbres enferman.
 Si decís de no, matadme.

NARCISA: Digo que estoy ya resuelta
 a ser dama titular
 si en la propiedad tercera.
 ¿Qué tanto me dais de plazo
 para que estas cosas tengan
 fin? Que temo dilaciones
 por lo que peligro en ellas.

CÉSAR El plazo será tan corto
 que con dos veces que os vea
 favorecerme apacible
 quien me enloquece severa
 no os seré más importuno.

NARCISA: ¿Y si a la noticia llegan,
 de quien con lícito amor
 me ha obligado, estas quimeras,
 permitís, juramentado
 que callará, darle cuenta
 del papel que sustituyo?

CÉSAR: ¿Que amante tenéis?

NARCISA: Con deudas
 de un siglo de voluntad
 y dos años de asistencia.
 Ya no os puedo negar nada;
 que para que os encarezca
 lo mucho que por vos hago
 es bien daros esta cuenta.
 Mirad el riesgo que corro.

CÉSAR: Con obligaciones nuevas
 me empeñáis. No sé si os diga
 que lo siento y que me pesa.
 ¿Y quién es el venturoso?

NARCISA: Pregunta excusada es esa,
 porque en amores de burlas
 suelen celos causar veras.
 No habéis de saber su nombre.

CÉSAR: Ni yo gustaré que él sepa
 secretos que desbaraten
 el fin desta estratagema;
 porque si tiene noticia
 por él mi ingrata Sirena
 de que es fingido este amor
 cobrará su desdén fuerzas
 y burlaráse de mí,
 sin que hacer sus celos puedan
 la restauración debida
 a mi posesión primera.

NARCISA: Digo, señor, que he de daros
 gusto en todo.

Sale ALEJANDRO

ALEJANDRO: (No sosiega Aparte
 de temores combatido
 quien ama ni quien pleitea.
 A Narcisa dijo Carlos,
 quedando a solas con ella,
 que en cosas que bien la están
 su solicitud se emplea.
 ¿Cosas que están a Narcisa
 bien y importa no saberlas
 yo que la he rendido el alma?
 ¡Cielos! ¿Qué cosas son estas?

Velos por las espaldas

¿Sola Narcisa con Carlos,
 y ya con dos? ¿Y recelan
 que sepa yo lo que tratan,
 y me despiden? Sospechas

adivinaldo vosotras.)

CÉSAR: Esta sortija fue prenda
de quien me la dio mudable
porque aborrece firmezas.

Pónesela en la mano

Mejórese en el cristal
desta mano; pruebe en ella
si para toque de celos
hay quilates de paciencia.

ALEJANDRO: (¡Vive el cielo que la ha dado Aparte
la mano en quien tuve puesta
la cifra de mi esperanza,
teatro ya de mi ofensa!
¿Sortijas liviana admities?
Si el interés tira piedras
que el poder en oro engasta
no me espanto que te venza.
¿Quién será el usurpador
de mis glorias? Que ya penas
juntaron flores a espinas
y inviernos a primaveras.)

Llégase a NARCISA y vuelve la cabeza

CÉSAR

¡Ah, Narcisa! En fin...

CÉSAR: ¿Qué es esto?

ALEJANDRO: ¡Señor! ¿Aquí vuestra alteza?

CÉSAR: ¿Sois dueño vos desta casa?

ALEJANDRO: No, señor.

CÉSAR: Pues ¡qué licencia!

¿A tan excusadas horas
os osan abrir las puertas?

ALEJANDRO: Buscaba yo, gran señor... Turbado
digo que buscaba en ella
y hallé ya lo que buscaba,

porque hallando a vuestra alteza...

CÉSAR: Sin querer decís verdades.

Andad, esperad afuera
si es que en mi busca venís.

ALEJANDRO: (Desdichas, salistes ciertas. Aparte

¡César, duque de Milán;
Carlos, que en el bien se emplea
de Narcisa interesable;
ausente yo y mujer ella?
Ya pasáis de desengaños
imaginadas certezas;
ya envidia en el mar, Amiclas
teme fortunas de César.)

Vase [y vuélvese al paño]

CÉSAR: ¿Que Alejandro es vuestro amante?

NARCISA: El confesároslo es fuerza.

A dos años de esperanzas
correspondo.

CÉSAR: Sois discreta;
mucho merece Alejandro.

NARCISA: Y mucho es razón que sienta,
quien le quiere como yo,
los celos que de vos lleva
y que no se me permita
asegurarle.

CÉSAR: Si aumentan
el amor antes doy causa
a que más, celoso, os quiera.

ALEJANDRO: (Perdido estoy, estoy loco; Aparte
y para que más me pierda
a que renueve mis ansias
me manda mi amor que vuelva.)

Sale ALEJANDRO

CÉSAR: ¿Entradas asegundáis,

Alejandro?

ALEJANDRO: La primera
se me olvidó, gran señor,
el daros la norabuena
del nuevo estado que agora,
porque el descuido no ofenda
deudas de la cortesía,
vuelvo a daros.

CÉSAR: Diligencias
disculpables; no sé yo
que para que se agradezcan
parabienes cortesanos
se den en casas ajenas.
Andad, dádmelos después
en palacio.

ALEJANDRO: (Añadid penas Aparte
a penas, pesares míos,
para que me anegue entre ellas.)

Vase

NARCISA: ¿Es posible, gran señor,
que no juzguéis por las vuestras
las ansias con que Alejandro
culpa mi amor y firmeza?
¿Con él sólo vos crüel?

CÉSAR: Asegúroos que me pesa,
puesto que no os tengo amor,
que tanto Alejandro os quiera.

Sale ALEJANDRO

ALEJANDRO: La marquesa del Final
sospecho que a veros entra.

CÉSAR: ¿Pues quién os ha dado a vos
el cargo de paje o dueña?

ALEJANDRO: Apeábase del coche
y para que la condesa

estuviese apercebida,
parecióme...

CÉSAR: No os parezca
tan bien Narcisa, Alejandro...

A él [CÉSAR] aparte

NARCISA: Señor, ¿vuestra alteza intenta
deshacer obligaciones
o dar celos a Sirena?

CÉSAR: Uno y otro.

Aparte a CÉSAR

CARLOS: Agora es tiempo
que saquen a luz tus pruebas
qué tanta jurisdicción
tienen los celos.

A ella [NARCISA] aparte

CÉSAR: Condesa,
en vuestro engaño consiste
la vitoria desta empresa;
satisfaced mis venganzas.

NARCISA: Dios me saque con bien dellas.

Salen SIRENA y DIANA

SIRENA: A amiga que se descuida
tanto de mí justo fuera
en venganza de su olvido
ni visitarla ni verla.
Pero puedan más en mí...

NARCISA: Advertid que está su alteza
presente; llegad y hablalde.

SIRENA: ¿Quién?

NARCISA: Nuestro duque, marquesa.

SIRENA: (¡Ay cielos! ¿A tales horas Aparte
y en tiempo que la grandeza
suele soñar majestades
tan comunicable César?
¿Qué es esto, temores míos?)

A él

Augustos laureles sean
los estados, gran señor,
que aumenten el que hoy hereda.

Muy seco el duque [CÉSAR]

CÉSAR: Guárdeos Dios.

SIRENA: (¡Ay prima mía, Aparte
qué "Guárdeos Dios" tan a secas!)

DIANA: Eslo toda majestad
porque es el sol su planeta.

CÉSAR: Daréisle, Narcisa, a Carlos
crédito siempre que venga
a renovar de mi parte
lícitas correspondencias.
Y entre tanto olvidad vos
las antiguas si interesan
méritos de la hermosura
coronas con que amor premia,
y adiós.

NARCISA: Ya es obligación,
gran señor, lo que antes era
voluntad y en una y otra
procuraré yo que sean
reconocimientos justos,
fiadores de tanta deuda,
abonados por humildes.

*Vanse CÉSAR y CARLOS. [Habla SIRENA a DIANA
aparte]*

SIRENA: ¿Qué cifras, prima, son estas?

[Habla ALEJANDRO] a NARCISA aparte

ALEJANDRO: Agora que mis agravios,
ojos hasta aquí, ya lenguas,
pueden libremente darte
parabienes entre quejas,
si puedes busca...

Sale CÉSAR

CÉSAR: Alejandro,
seguidme.

Vase

ALEJANDRO: (¿Aun hablar me vedan? Aparte
Pues revienten dentro el alma
víboras de mis ofensas.)

[Habla a NARCISA]

Busca, si puedes, disculpas...

Sale CARLOS

CARLOS: Alejandro, el duque espera.

ALEJANDRO: (Porque desespere yo, Aparte
pues aun quejar no me dejan.

Vanse los dos

NARCISA: Ven Sirena de mis ojos,
que cuando mis dichas sepa
palabras han de faltarte
en llegando a encarecerlas.

SIRENA: Si son las que yo he sacado,
Narcisa, por consecuencias,
parabienes te apercibo.
(¡Ay Dios si ponzoña fueran!) Aparte

NARCISA: ¿Ves este diamante, amiga?
Pues señal es su firmeza
de una voluntad que en él
sus esperanzas empeña.

[SIRENA habla] aparte a DIANA

SIRENA: Prima, ¿no adviertes, no escuchas,
no tocas perdidas prendas,
favorables a un ingrato
y ya en posesión ajena?
¿Qué he de hacer?

DIANA: Llorar locuras
y escarmentar hoy en pruebas
de amor que salen tan caras.

SIRENA: ¡Ay Diana, que voy muerta!

Vanse

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

Salen NARCISA y SIRENA

SIRENA: A esta casa de placer
te he querido convidar,
si en negocios de pesar
puede este nombre tener.
Atropelláronse ayer
tantas quimeras, Narcisa,
que aunque ambicioso me avisa
tu amor, que triunfa en palacio,
quise averiguar despacio
lo que te engaña deprisa.

 Hallé a César en tu casa
tan tu amante en la apariencia
que al parecer tu presencia
le desatina y abrasa.
Si supieras lo que pasa
y que de puro celoso
busca en engaños reposo
y en tu hermosura venganzas,
marchitara esperanzas
que malograr es forzoso.

 Para aliviar accidentes,
de su sed mortal indicios,
busca el enfermo artificios,
flores siembra, finge fuentes;
y aunque algún rato presentes
le suelen causar sosiego
enfádase dellas luego;
que fuentes artificiales
no aplacan sedes mortales

cuando está en el alma el fuego.

¿Nunca viste, si las llamas
 aumentan la calentura,
 que el enfermo lo que dura
 congojado muda camas?
 Todo es andar por las ramas,
 pues al fin cuando aligera
 el mal su efímera fiera,
 aunque en él fiada estás,
 despreciando las demás
 se reduce a la primera.

Narcisa, la hidropesía
 celosa le tiene ansí;
 abrasado busca en ti
 lo que en mi amor desconfía.
 Mudando damas porfía
 aliviar su ardiente pena
 y a más rigor se condena
 mientras su mal no le avisa
 cuán mal curará Narcisa
 calenturas de Sirena.

NARCISA: Si no fueras más hermosa
 que eres sabia en la doctrina
 desa nueva medicina,
 que alegas por milagrosa,
 no estuviera yo celosa
 de que haya sido tu amante
 quien dices que es inconstante
 porque de gustos mejora.
 Basta, que das en dotora
 no siendo ni aun platicante.

¿Agora, marquesa, sabes
 que, si el duque --que lo dudo--
 amarte primero pudo,
 por más que en esto te alabes,
 en enfermedades graves
 tal vez el mal se destierra
 mudando de aires y tierra;
 y que César por sanar
 de tu amor quiso mudar

desdenes que le hacen guerra?

Si nunca bien le has querido
y su amor te daba enfado,
libre ya de su cuidado
¿qué buscas? ¿A qué has venido?
Su olvido paga tu olvido;
da a tu dicha parabienes,
prosigue con tus desdenes,
si no es que formando quejas
suspiras por lo que dejas
y no sueltas lo que tienes.

SIRENA: ¡Bueno es que ya confiada

me aconsejes presumida,
desde ayer acá querida
y desde hoy asegurada!
Ni yo me juzgo olvidada
ni tu estás en posesión;
con menos satisfacción,
Narcisa, y sin dar consejos,
que el sembrar está muy lejos
de la cosecha y sazón.

Ayer sembraste esperanzas,
deja arraigarlas primero,
que trae el tiempo ligero
temporales de mudanzas.
Pretensiones por venganzas
de amor no pueden durar.
¡Pobre de ti, si a mirar
vuelven risueños mis ojos
a quien doy severa enojos!
¡Qué fría te has de quedar!

Mira; si César te dio
la sortija que le di
no fue por amarte a ti
mas porque la viese yo.
Cuando tan grave me habló
fingiendo severidades
entonces, oye verdades,
fulminando desfavores,
si salían dél rigores

paraban en mí humildades.

¿No advertiste que al volver
las espaldas se moría,
condesa, porque no vía
lo que despreciaba ver?
Nunca procures querer
amante que está celoso,
que a costa de tu reposo
probarás, si le admitiste,
que quien de ajeno se viste
el desnudarle es forzoso.

NARCISA: ¿No sabré, Sirena, yo
a qué propósito quieres
desperdiciar pareceres
en quien no te los pidió?
O quieres al duque o no.
Si no, ¿qué se te da a ti
que yo me despeñe así?
Si por él pierdes el seso,
marquesa, solo por eso
el alma toda le di.

De una y otra suerte creces
llamas a mi amor primero;
porque le quieres le quiero,
también porque le aborreces.
En vano te desvaneces,
pues cuando yo no le amara
viendo que en esto repara
tu sospechosa impaciencia,
porque me haces competencia
el corazón le entregara.

SIRENA: Sí harás, porque el amor necio
muestra quién es en sus obras;
hónrate tú con mis sobras;
ama a quien yo menosprecio;
para ti serán de precio
los desechos que yo arrojó;
viste lo que yo despojo,
mas mira que ha de costarte
la vida el determinarte,

Narcisa, a darme este enojo.

NARCISA: ¿Me amenazas?

SIRENA: Apercibe

armas contra mi cuidado.

No es cortés quien el criado

que uno desechó recibe.

NARCISA: César en mi pecho vive.

SIRENA: Pues ¿cuando en él le retrates,

merécesle tú aunque trates

secar mi esperanza verde?

NARCISA: Perdida estás, y a quien pierde

se le sufren disparates.

*Salen GASCÓN y el ALCALDE [con dos
CRIADOS]*

GASCÓN: Yo puedo entrar donde quiera,

que soy para lo vedado

ministro privilegiado,

y mandarme salir fuera

es muy gran descompostura.

[ALCAIDE]: Mayor libertad es esa;

que estando aquí la marquesa

del Final, cuando procura

que no entre nadie, es razón

ser cortés.

SIRENA: Hola, ¿qué es eso?

GASCÓN: ¡Oh mi señora! Este exceso

perdonad.

SIRENA: ¿Quién sois?

GASCÓN: Gascón;

archilacayo ducal.

SIRENA: ¿Pues qué pretendéis aquí?

GASCÓN: Síguese detrás de mí

el duque. No sé qué mal

le trae con melancolía;

amores deben de ser.

Preténdese entretener

en la de vueseñoría

casa de placer --ansí
 jerigonzan critizantes--
 enfádanle negociantes
 y por si los hay aquí
 vine a despejar el puesto,
 sin saber yo los favores
 que en república de flores
 libraba ese hermoso gesto...

¿Gesto? No es vocablo culto.
 Ese aromático globo...
 ¿Globo dije? Soy un bobo.
 Ese brillático vulto...

Peor. Esa hermosa cara...
 ¡Cuerpo de Dios! Deste modo
 se llama en el mundo todo.
 Lleve el diablo a quien compara
 al padre de Faetón
 los ojos y los cabellos,
 rayos ensartando en ellos
 las veces que rubios son.

Golfo de ébano sutil
 los cabos negros hacía
 y al peine que los barría
 llamó escoba de marfil;
 nieto al amor de la espuma,
 y a un sacre que daba caza
 en el aire a una picaza,
 llamó corchete de pluma.

Miren vuesirías dos
 cuál anda ya nuestro idioma;
 todo es brilla, émula, aroma,
 fatal... ¡Oh, maldiga Dios
 al primer dogmatizante
 que se vistió de candor!

SIRENA: No deis en reformador
 vos, que sois muy ignorante.
 Pero decid, ¿César viene
 a esta quinta?

GASCÓN: Una carroza,
 señora, a solas le goza

con Carlos, que le entretiene
sin más acompañamiento,
y las cortinas corridas.

SIRENA: (Hoy sospechas mal nacidas, Aparte
averiguaros intento.)
¡Hola criados!

Han salido con el ALCALDE otros dos

ALCAIDE: ¿Señora?

SIRENA: Ponedme este hombre a recado.

GASCÓN: ¿A mí?

SIRENA: Tenelde encerrado
lejos de aquí.

GASCÓN: Escuche agora;
¿pues porque entré sin licencia?

NARCISA: ¿Qué es lo que intentas hacer?

SIRENA: Llevalde.

A NARCISA aparte

Quiero saber
cuál en nuestra competencia
de las dos es preferida.

NARCISA: Yo en eso no dificulto.

GASCÓN: Si es esto porque hablé culto
¡oh cándida luz bruñida!
a la de tu apelo amor
clemencia, que es, construído,
a tu clemencia rendido
apelo deste rigor.

SIRENA: ¡Hola, llevalde!

GASCÓN: ¿Ha de haber
tras esto --déjenme hablar--
palmeamiento orbicular?
Quisiera darme a entender
hablando en estilo humano;
¿habrá azotaina?

ALCAIDE: No sé.
 SIRENA: Llevalde.
 GASCÓN: Anoche soñé
 azotes en canto llano
 y por esto lo pregunto;
 porque son, la vez que sale
 sermón tras el dale, dale,
 azotes en contrapunto.

Llévanle

NARCISA: Pues dime, ¿qué dependencia
 tiene tu averiguación,
 marquesa, desta prisión?

SIRENA: Quiero ver por experiencia
 si César finge quererte
 por darme celos a mí
 o si viene agora aquí
 por hablarte y pretenderte.
 Si ignora, pues, que aquí estoy
 y tu, estando yo escondida,
 le disuades mi venida,
 verás desengaños hoy
 que te den nuevo cuidado
 conque yo segura esté.
 Por esta causa mandé
 retirar ese criado;
 que así por él no sabrá
 que estaba agora contigo.

NARCISA: En fin, ¿dices que en castigo
 del que tu desdén le da
 finge, por amartelarte,
 que me quiere bien?

SIRENA: ¿Pues no?
 Estaba presente yo
 anoche y fingió adorarte
 para que yo lo sintiese.
 Verás ahora cuán mudado,
 cuán tibio, cuán desganado,

te habla.

NARCISA: ¡Qué engaño es ése
 tan donoso! ¿Pues tan poco
 puede mi presencia, di,
 que no le olvide de ti?

SIRENA: Tiéненle mis celos loco.
 No sepa el que yo aquí estoy;
 verás qué al punto te deja.

NARCISA: Escóndete y apareja
 paciencias; que yo te doy
 mi palabra que has de estar
 rematada antes de mucho.

SIRENA: Desde esta murta os escucho.
 ¡Qué necia te has de quedar!

Escóndese SIRENA

NARCISA: ¿No es bueno que comencé
 de burlas estas quimeras
 y que me pesa de veras,
 que tan confiada esté
 Sirena de que es querida,
 que adivine lo que pasa?
 No es amor el que me abrasa;
 mas de envidia estoy perdida,
 porque será caso recio
 que en competencias de amor
 salga el suyo vencedor
 y el mío con menosprecio.
 ¡Oh celos! ¡Oh envidias fieras,
 venenoso frenesí!
 Si quitáis el seso así
 de burlas ¿qué haréis de veras?

Salen CÉSAR y CARLOS

CÉSAR: Divirtamos majestades,

que atormentan si autorizan
 pensamientos amorosos,
 en la quietud desta quinta.
 ¡Qué de novedades quiere,
 Carlos, amor que te diga!
 Oye sus milagros.

CARLOS: Paso,
 señor, que está aquí Narcisa.

CÉSAR: ¿Quién?

CARLOS: La condesa; tu dama
 intrusa.

CÉSAR: Su hermosa vista
 puede tanto, amigo Carlos...

CARLOS: ¿Cómo?

CÉSAR: No sé qué te diga.
 Déjame a solas con ella.

CARLOS: ¿Pues quiéresla bien?

CÉSAR: Se alivian
 mis pesares con mirarla
 y mis celos se amortiguan.
 Retírate.

CARLOS: Que me place;
 pero, ¿tan presto se olvidan
 amores y más celosos?

CÉSAR: Es muy bella y tengo envidia
 de lo que a Alejandro quiere.
 Mira qué bien que se libran
 los que me causa Sirena
 si ya a pares me lastiman.

CARLOS: No dejarás de medrar
 con esa mercaduría;
 si al primer lance la doblas,
 déte amor con ellas dicha.

Vase

NARCISA: ¿Gran señor?

CÉSAR: Con ese nombre

diera a mi ventura estimas
 si lo fuera vuestro yo.
 ¿Estáis sola?

NARCISA: En compañía
 de enemigos pensamientos,
 contraria yo de mí misma,
 aguardo desafiada
 a Sirena, en cuya quinta
 han de batallar sospechas.

CÉSAR: Si mi amor os apadrina,
 segura está la vitoria
 de vuestra parte.

NARCISA: No finja
 vuestra alteza hasta que venga
 favores que aunque mentiras
 pueden engendrar verdades
 en quien dellas necesita.
 Presto Sirena vendrá.

CÉSAR: Plegue a Dios, condesa mía,
 que tantos estorbos tenga
 que con ellos divertida
 jamás agravie estas flores.

NARCISA: ¿Jamás? ¿Cuando en ella estriban,
 desesperado en su ausencia,
 apoyos de vuestra vida?
 ¿No es Sirena ídolo vuestro?
 ¿No la amáis?

CÉSAR: Paso, solía.
 Mucho pudieron ofensas
 y mucho más vuestra vista.
 Lo que yo podré afirmaros
 es que habéis hecho en un día
 más que en un año Sirena.

Desde donde está escondida [SIRENA]

SIRENA: ¿Qué estáis oyendo desdichas?
 ¿En un día la condesa
 más que yo en un año? Altivas

presunciones amorosas,
 por soberbias abatidas,
 ¿esto escucháis sin vengaros?

NARCISA: (¿Qué es esto, estrellas benignas? Aparte

¿Conmigo tan amoroso
 César? ¿Si tiene noticia
 de que la marquesa está
 oyéndonos escondida
 y finge por abrasarla
 que me quiere y que la olvida?
 Sin duda; que desde anoche,
 cuando celos tiranizan
 alma que está tan prendada,
 mal sabrá olvidar antiguas
 prendas de amor.)

A él

Bien podéis
 señor, sin hablar enigmas
 pues no ha llegado Sirena,
 decirme vuestras fatigas.
 ¿Cómo desde anoche os va?
 ¿Fue eficaz la medicina
 de nuestro ingenioso amor?
 Vuestra prenda está perdida
 de celos; no negaréis
 que, aunque dama sustituida,
 no hice mi papel anoche
 con linda gracia.

CÉSAR: Y tan linda
 que por serlo tanto vos
 conoce la mejoría
 mi amor de vuestra belleza
 y a que os adore me obliga.

SIRENA: ¿Cómo es esto? ¿Luego fueron
 ardides de sus malicias
 las finezas con que anoche
 dieron causa a mis envidias?

¿Luego fingieron amarse?
 ¡Ay sospechas mal nacidas;
 si ya se quieren de veras,
 muerto me han mis armas mismas!

NARCISA: Que no está aquí vuestra dama.

CÉSAR: Estáislo vos. ¡Ay si mía
 os pudiera llamar yo!

NARCISA: ¿Vos pensáis, señor, que os mira
 Sirena o ensayáis celos
 con que podáis reducirla
 a la voluntad primera?

CÉSAR: No sé en eso lo que os diga;
 pero sea lo que fuere,
 mostraos vos agradecida,
 favorecedme agradable,
 correspondedme propicia.

NARCISA: ¿Y han de ser burlas o veras?

CÉSAR: Veras o burlas, prosigan
 favores que por ser vuestros
 como quiera son de estima.

NARCISA: Va de burlas. Yo os prometo
 duque y señor...

CÉSAR: No vendría
 mal ahí un "dueño amado."

NARCISA: Vaya, porque en todo os sirva.
 Yo os prometo, amado dueño,
 que vuestra presencia, digna
 de augustas estimaciones,
 y en competencia la envidia
 que Sirena me ha causado
 han dado tal batería
 desde anoche a mi sosiego
 que si fui dama fingida
 ya, celosa y agraviada
 de que lo que solicitan
 mis favores gocen otras,
 es llanto lo que fue risa.
 ¿Para tan poco soy yo
 que, habiéndome hallado digna
 para que entre tantas damas

con la marquesa compita,
 no podré comunicada
 sacar del alma reliquias,
 que si celos las conservan
 desengaños las marchitan?
 ¿Sirena haciéndoos agravios,
 yo sirviéndoos y que digan
 que ella salió vitoriosa
 y que yo quedé vencida?
 Si tal ofensa llegara
 a ejecución, si su dicha
 volviera a gozar las paces
 que los celos reconcilian,
 del modo que el alma agora
 sale a los ojos por cifras
 de lágrimas, no dudéis
 de que mi muerte las siga.

Llora

CÉSAR: Pues ¿lloráis?

NARCISA: ¿No he de llorar
 injurias no merecidas,
 diligencias mal pagadas
 y mudanzas no admitidas?

CÉSAR: ¿Luego aquesto va de veras?

NARCISA: No señor, mas si lastiman
 tanto de burlas ¿qué harán
 celos de veras?

SIRENA: (Perdida Aparte
 estoy. Salgamos agravios
 a manifestar desdichas
 que, si inventaron sospechas
 para acechar celosías,
 Perilo de sus tormentos
 serán pues se martirizan
 a sí mismas y en su daño
 padecen lo que averiguan.
 Pero no; sepamos antes,
 supuesto que fue fingida
 la fábrica deste amor

que ya verdades confirman,
 en qué estado estoy con César
 y si lágrimas hechizan
 voluntad que tan constante
 blasonaba de ser mía.)

CÉSAR: No lloréis soles hermosos,
 que quien perlas desperdicia
 no sabe lo que le cuestan
 a quien os ama sus Indias.
 Ya sean veras, burlas ya,
 vuelva a serenar la risa
 nublados tristes que esconden
 la belleza de sus niñas;
 que yo os juro, a fe de amante,
 si vuestros ojos porfían,
 puesto que en mí sea bajeza,
 que afeminado los siga.
 Ya Sirena está olvidada.
 Amor, todo maravillas,
 vuestra hermosura imperiosa
 y agravios que desobligan
 hicieron este milagro.
 Por su igual amante elija
 la marquesa a Marco Antonio
 que su presunción castiga.
 Mejórese en vos mi amor;
 mude señora a quien sirva,
 despídase de Sirena
 y sea esclavo de Narcisa.

NARCISA: ¿Y eso es ficción o es verdad?

CÉSAR: ¿Qué sé yo? Como os imitan,
 burlas serán si os burláis
 y veras si así se estiman.

NARCISA: ¿Amaréisme si yo os amo
 ya de veras reducida
 a despedir fingimientos?

CÉSAR: Daré a mi ventura albricias.

NARCISA: ¿Y Sirena?

CÉSAR: No os iguala.

NARCISA: ¿Si la veis?

CÉSAR: Huiré su vista.
 NARCISA: ¿Si os ruega?
 CÉSAR: Vengaré agravios.
 NARCISA: ¿Si os llora?
 CÉSAR: Serán malicias.
 NARCISA: Estáis celoso.
 CÉSAR: De vos.
 NARCISA: ¿De mí?
 CÉSAR: Vuestro amor lo diga.
 NARCISA: ¿De Alejandro?
 CÉSAR: Ése me abrasa.
 NARCISA: ¿De Marco Antonio?
 CÉSAR: Me entibia.
 NARCISA: En fin, ¿me amáis?
 CÉSAR: Os adoro.
 NARCISA: Sois duque.
 CÉSAR: Vos sois más digna.
 NARCISA: No os merezco.
 CÉSAR: Asentareisos...
 NARCISA: ¿Dónde, César?
 CÉSAR: En mi silla.
 NARCISA: ¿Por duquesa?
 CÉSAR: Y por mi esposa.
 NARCISA: ¡Grande amor!
 CÉSAR: Voluntad limpia.
 NARCISA: Dadme esa mano.
 CÉSAR: Y el alma.

Dánselas

NARCISA: Ya sois mío.
 CÉSAR: Ya sois mía.
 NARCISA: ¿Quién será mi dueño?
 CÉSAR: César.
 NARCISA: ¿Quién lo asegura?
 CÉSAR: Mi vida.
 NARCISA: ¿A quién dejáis?
 CÉSAR: A Sirena.
 NARCISA: ¿Y a quién amáis?

CÉSAR: A Narcisa.

Sale SIRENA

SIRENA: Ya no pueden mis ojos
 mirando agravios reportar enojos.
 Desenlazed livianos
 nudos de amor en fementidas manos,
 que si este es nudo ciego
 celos abrasan nudos, que son fuego.
 ¡Ah ingrato, ah leve amante,
 a méritos de pruebas inconstante!
 No en balde en ti temía
 descréditos de amor el alma mía.
 Probé tu fortaleza
 por estimarte más; ¡qué rustiqueza
 hacer en hombres prueba,
 liviano pino al mar que el viento lleva!
 ¡De Narcisa vasallo!
 Diamante te compré, vidrio te hallo.
 ¿Tu es bien que duque seas?
 ¿Tu blasonas valor? ¿Tu, que te empleas
 en inconstancias leves,
 no siendo hombre a regir hombres te atreves?
 Desmentiste quilates.

CÉSAR: Multiplica a tus celos disparates,
 que en vano se llamasen
 frenéticos sino desatinaran.
 Sirena, ¿qué pretendes?
 ¿Logras mudanzas y firmezas vendes?
 De ti dé testimonio,
 pues eres su Cleopatra, Marco Antonio;
 crece en él esperanzas
 y deja que te imiten mis mudanzas,
 pues tan agradecido
 estoy a tu desdén, si no a tu olvido,
 que me pesa deberte
 la dicha apetecida de perderte
 por el hermoso empleo

que con mejoras de mi bien poseo.

SIRENA: Gózale muchos años
si merecen tal premio tus engaños;
pero advierte primero,
no que satisfacerte humilde quiero,
sino apoyar mi fama
que ofendida por ti leve se llama.
Yo deseosa, necia,
de ver en ti lo que el amor más precia,
fingí que te olvidaba
y en tu competidor tu fe probaba,
escogiendo un sujeto
soberbio, desigual, pobre, indiscreto,
porque más fácilmente
pudieras conocer, a ser prudente,
en sus desigualdades
por viriles de engaños mis verdades;
que no estoy yo contigo
en tan necia opinión que por castigo
de mi elección ligera
a hombre tan indigno amor tuviera.
Tus prendas añadieron
desméritos en él que a luz salieron,
porque como en la fea
más con las joyas la fealdad campea;
quise dar testimonio
con ellas de lo que era Marco Antonio.
Extraño fue este suceso,
mucho apurar tu amor, yo lo confieso;
pero como crecías
en majestad y las sospechas mías
sembraban desconfianzas
creí que despachándote libranzas
de celos aumentarás
caudales a tu amor y más me amarás;
que en la amorosa cuenta
ceros los celos son que la acrecientan
y cuantos más añada
más crece, aunque por sí no valen nada,
sacando mis desvelos

cuán parecidos son celos y celos.
 Yo, pues, que esto creía
 a la unidad de amor celos ponía;
 mas tú, porque presuma
 tu poco amor, errástete en la suma.
 Ya estoy escarmentada;
 vuelve César, no valga cuenta errada
 y acábense desvelos;
 si en ellos te adeudé ya cobro en celos.

CÉSAR: Marquesa, llegado ha tarde

vuestra excusa, aunque admitida;
 que la vitoria perdida
 quien se disculpa es cobarde.

A tanto celoso alarde
 y tropel de sinrazones
 ¿qué valen satisfacciones
 en agravios mal seguros?
 Asaltos combaten muros
 y ofensas inclinaciones.

En la mesa del amor
 los celos son el salero,
 que para ser verdadero
 éstos le han de dar sabor;
 pero advertid que es error
 echar mucha al que es sencillo.

Con la punta del cuchillo
 toma sal el cortesano,
 porque con toda la mano
 no es templallo, es desabrillo.

Si sabe vuestra querella
 que es fuego la sal que abrasa
 y sembráis de sal la casa
 ¿cómo viviréis en ella?

Los celos, Sirena bella,
 por ser de la sal trasunto
 en pasando de su punto
 no sazonan, mas maltratan.

¿Qué queréis, si celos matan,
 de un amor que ya es difunto?

NARCISA: A menosprecios tan claros
¿qué intentas aborrecida?

A CÉSAR

SIRENA: Permitid por despedida
que aparte merezca hablaros.

A NARCISA

CÉSAR: Confirmad con retiraros,
Narcisa, mi firme amor.

NARCISA: Harélo, mas con temor
de que os he de hallar mudado.

CÉSAR: No se muda amor rogado
si llega tarde el favor.

Retírase NARCISA

SIRENA: En fin, César, ¿por querer
probaros he de perderos?

CÉSAR: Añadistes tantos ceros
que ya es imposible hacer
la cuenta.

SIRENA: Solía yo ser
dueño vuestro.

CÉSAR: Pasó ya
ese tiempo.

SIRENA: ¿Pena os da
perderme?

CÉSAR: Todo se olvida.

SIRENA: ¿Y si me costáis la vida?

CÉSAR: Marco Antonio os llorará.

*Sale ALEJANDRO de jardinero y llégase a
Narcisa*

ALEJANDRO: Disfrazado y escondido,
 mudable, escuché contratos
 de tus términos ingratos
 contra mi amor ofendido.

 ¿Para qué finges quimeras
 cuando de mi fe te burlas?
 Comenzaste a amar de burlas,
 ya me das muerte de veras.

 Vencerte el interés pudo
 de un duque; que eres mujer
 y tu amor ya mercader
 aunque se pinta desnudo;
 que de vuestra compañía
 ¿qué otra cosa ha de sacar
 si no es vender y comprar?
 Mas ¡quién de palabras fía
 de mujeres!

NARCISA: Loco vienes;
 mira el peligro en que estás.

ALEJANDRO: No quiero ya vivir más;
 máteme el duque, pues tienes
 gusto desto.

NARCISA: Vuelve en ti.

CÉSAR: ¿Qué es eso?

NARCISA: Es el jardinero.

ALEJANDRO: Fui lo de amores primero,
 sembré lo que no cogí.

 Alejandro soy; ¿qué esperas?
 La muerte me manda dar;
 morir quiero y no aguardar
 burlas que abrasan de veras.

CÉSAR: (¡Oh celosa competencia! Aparte
 Ya Sirena restauraba
 el alma que la olvidaba,
 --mas ¿qué no hará su presencia?,--

Apártase de SIRENA

y cuando en llama remisa
 iban creciendo desvelos
 tocaron alarma celos
 y abrásome por Narcisa.

A ALEJANDRO

Atrevimientos de amor
 dignos son de perdonar;
 del jardinero es sembrar
 y de otro gozar la flor.

Y si vuestra queja estriba
 en serlo vos, mal lo hacéis;
 que el jardinero, ya veis,
 que para sí no cultiva.

Narcisa ha de ser duquesa
 de Milán.

Sale MARCO ANTONIO y llégase a SIRENA

MARCO ANTONIO: Sirena mía;
 como sin vos no vivía,
 amor, que solo profesa
 adoraros...

CÉSAR: ¡Marco Antonio!
 ¿también estáis acá vos?
 (Celoso yo entre los dos Aparte
 dará mi amor testimonio
 de la confusión extraña
 en que me pone mi pena.
 Dándome celos Sirena
 la adoro cuando me engaña;
 dándome Narcisa celos
 por ella a Sirena olvido,
 y yo en las dos dividido
 bandos formo de recelos.
 Neutral a entrambas deseo
 sin determinar ninguna;

celos me abrasan en una,
 celos en la otra empleo,
 y de una y otra celoso
 muere amor donde comienza.
 Indiferente estoy; venza,
 celos, el más poderoso.)

Sale CARLOS

CARLOS: El embajador de Francia
 viene en tu busca, señor.
 CÉSAR: (Divierta el embajador Aparte
 las penas de mi ignorancia.)
 Marco Antonio, acompañadme;
 venga Alejandro conmigo.
 (Yo soy mi mismo enemigo. Aparte
 Celos, morid o matadme;
 no eslabonéis la cadena
 de mi muerte tan aprisa.)

A CARLOS

Muero, Carlos, por Narcisa
 y enloquécame Sirena.

Vanse los cuatro

NARCISA: Ya confesarás que estás
 vencida, si opositora.
 SIRENA: Yo sé que César me adora;
 presto mis dichas verás.
 NARCISA: Sé yo que te menosprecia.
 SIRENA: Quien bien ama tarde olvida.
 NARCISA: ¡Qué necia por presumida!

Vase NARCISA

SIRENA: ¡Qué presumida por necia!

Sale DIANA

DIANA: Pues, prima mía, ¿en qué estado quedamos?

SIRENA: En el peor.
Costosas pruebas de amor
mi paciencia han apurado.
Ya se acabó mi esperanza,
ya se remató mi seso.

DIANA: ¿Qué dices?

SIRENA: Sólo intereso
morir y tomar venganza.

DIANA: ¿De qué suerte?

SIRENA: A costa mía
a Marco Antonio he de dar
la mano y así vengar
mi agravio, pues desvaría
el duque celoso dél.

DIANA: Eso es castigarte a ti.

SIRENA: Necia en hacer pruebas fui;
el remedio fue crüel,
pero pues vencida salgo
y erré en la sustancia y modo
atorménteme a mí todo
y siéntalo César algo.

DIANA: Tendrá la dicha del necio
Marco Antonio desa suerte.

SIRENA: Celos me darán la muerte:
si a manos de un menosprecio
he de morir ofendiendo
y ofensas de amor vengando,
moriré, prima, matando
y no viviré muriendo.
Ya no hay consejo ninguno;
no te canses con cansarme;
dos ojos he de sacarme
por sacarle a César uno.

Vamos.

Sale ALEJANDRO

ALEJANDRO: Marquesa, escuchad,

y los dos menospreciados
comuniemos cuidados
de una misma actividad.

Celos del duque sentís,
celos de Narcisa siento;
uno mismo es el tormento
que disimulo y sufrís.

Juntemos los dos caudales
y aunque hay tanto estorbo en medio
seamos en el remedio
como en la desdicha iguales.

César, celoso, intentó
vengarse de vos con celos
y a costa de mis desvelos
lo que de burlas trazó
de veras salió en mi daño.
Que bien me queréis fingid;
venza un ardid a otro ardid,
salga un engaño a otro engaño.

Narcisa es vuestra enemiga
y quedando vencedora
por cobarde opositora
mereceréis que os persiga.

Yo sé que si os ve mi amante
y que los dos nos queremos
los celos que padecemos
nos den venganza bastante.

Mueran del mal que morimos;
desvelos causen desvelos,
cúrense celos con celos
y sientan lo que sentimos.

SIRENA: Eso, Alejandro, trazaba
y ya buen fin me prometo;
solo mudaré sujeto.

Con Marco Antonio intentaba
 casándome, ¡qué locura!,
 comprar tormentos por darlos;
 mejor podré ejecutarlos
 con vos. ¡Ay si hallasen cura
 nuestros males desta suertel!

ALEJANDRO: Todo es vida hasta morir.

Narcisa lo ha de sentir
 infinito y no es tan fuerte
 César que encubra rigores
 que desatinan los sabios,
 ni disimulan agravios
 deste porte los señores.

Pues los nuestros se conjuran
 probaremos si es verdad
 que en aquesta enfermedad
 celos con celos se curan.

Vanse. Salen MARCO ANTONIO y NARCISA

MARCO ANTONIO: El duque me prometió

ser en mis bodas padrino
 y no sé por qué camino
 mi suerte desbarató
 ese principio dichoso.

La marquesa favorece
 mi amor, puesto que parece
 que trata menos gustoso
 este casamiento. En vos,
 Narcisa hermosa, consiste
 mi dicha; César asiste
 a vuestro amor y en los dos
 correspondiente su llama.

La corona milanese
 os venera su duquesa;
 ¿qué le pediréis, si os ama,
 que os niegue el duque? Pedilde
 que pues con vos se desposa
 su palabra generosa

me cumpla, porque yo humilde
 si a mi favor os obligo
 en la intercesión presente
 os deba a vos solamente
 la dicha y bien que consigo.

NARCISA: Si el duque palabra os dio
 de apadrinaros y ordena
 daros la mano Sirena
 no haré, Marco Antonio, yo
 mucho en disponerle en eso.
 Suplicaréle que acorte
 plazos y honre nuestra corte
 con bodas de que intereso
 más de lo que vos pensáis.
 Ya es de noche, yo os prometo
 poner mañana en efeto
 todo lo que me mandáis.

MARCO ANTONIO: Siendo vos mi protectora
 ya cesó el recelo en mí.

NARCISA: Pienso que el duque está aquí.

MARCO ANTONIO: A buena ocasión, señora,
 viene; aprovechad en ella
 el bien que espero por vos.

NARCISA: Harélo así; andad con Dios.

MARCO ANTONIO: Sed piadosa, pues sois bella.

Vase. Sale el duque [CÉSAR]

CÉSAR: Cosas de tanta importancia
 como son las del sosiego
 si no se ejecutan luego
 entibialas la distancia
 del tiempo, Narcisa mía;
 que no es perfeto el amor
 que tiene competidor
 y negocia a sangre fría.
 Lo que se quiso primero
 o tarde o nunca se olvida;
 está Alejandro sin vida

de celos y considero,
 si oís una vez su pena,
 que os reconciliéis los dos
 haciendo Alejandro en vos
 lo que casi en mí Sirena.

Atajar inconvenientes
 es el consejo más sano.
 Hoy me habéis de dar la mano,
 nuestros contrarios ausentes,
 para desterrar así
 las reliquias que han dejado.

NARCISA: Ya yo las he desterrado;
 haced, gran señor, de mí
 como de quien os confiesa
 por su dueño y su señor;
 y asegurando mi amor
 advertid que la marquesa
 y Marco Antonio me han hecho
 su intercesora con vos.
 Quieren casarse los dos,
 estando vos satisfecho
 y apadrinando su boda.
 Permitildo.

CÉSAR: En hora buena;
 mas ¿sabéis vos que Sirena
 gusta de eso?

NARCISA: Milán toda
 sabe el amor que le tiene;
 buen testigo habéis vos sido.
 Sirena esto me ha pedido.

Sale un PAJE

PAJE: Sirena, señora, viene
 a veros.

Vase el PAJE

qué necias hemos estado
y yo qué bárbara he sido!
Sirvióme antes que heredase
el duque y su amor remiso
quise aquilatar con celos;
salióme mal este arbitrio.
Amóte y menosprecióme
y a ser yo cuerda, en su olvido
fundara felicidades
que, aunque tarde, solicito.
Envidiéte; soy mujer,
¿qué mucho?; puse a peligro
mi salud y mi sosiego;
quiso rendirse a partido
mi presunción. No admitió
César desengaños dignos
de estimación en los nobles;
pagó en desprecios suspiros;
abrieron sus desengaños
los ojos a mis sentidos,
castigué mis liviandades
y restauréme el jüicio.
No es de mi inclinación César;
somos los dos tan distintos
en condiciones que fueran
sus regalos mi martirio
a desposarme con él.
Obligáronme servicios
a torcer mi inclinación;
yo presumida, él altivo,
si amante no pude hacer
que despidiese un amigo,
a mi voluntad opuesto,
de sus secretos archivo,
mal mi gusto procurara
teniéndome en su dominio,
pues de un amante rebelde
se hace un tirano marido.
Quise volverme a mi estado,
cuando a consolarme vino

Alejandro, y consolarse,
 quejoso de tus desvíos.
 No sé qué deudo se engendra
 entre los que de un mal mismo
 están enfermos; mas sé
 que al instante que nos vimos
 los dos lo que compasión
 recíproca fue al principio
 convirtió la semejanza
 del mal en amor benigno.
 Yo despreciada de César,
 él por ti puesto en olvido
 y los dos vuestros estorbos,
 paréceme que os servimos
 él y yo si os despejamos
 respetos de haber querido
 y agraviar pasadas prendas
 que dan pena a agradecidos.

NARCISA: ¿Luego Alejandro pretende
 ser tu esposo?

ALEJANDRO: Determino
 aun hasta en esto imitar
 las dichas que en vos envidio.
 Sirena --dadme licencia
 para alabarla-- es prodigio
 de amor, pues cura mis celos
 contra la opinión de Ovidio.

NARCISA: Cure muy en hora buena;
 mas ¿para qué habéis venido
 a darme a mí cuenta deso?
 ¿Podréis los dos persuadiros
 que vengándoos de mudanzas
 he de llegar yo a sentirlo
 de suerte que forme quejas?
 ¡Qué stratagema tan tibio!
 Quiéreme a mí el duque bien;
 para ocupar tal vacío
 sois vos muy poco sujeto.

ALEJANDRO: Yo con César no compito;
 antes vengo a suplicaros

que siendo nuestros padrinos
 facilitéis con su alteza
 permisiones; que he temido
 que gusta estorbar mi suerte.

NARCISA: Otro tanto me ha pedido
 Marco Antonio, confiado
 en que siempre fue bien visto,
 cuerda elección de Sirena.

SIRENA: Por eso solo le privo
 de tan desigual intento.

NARCISA: ¿Pues no le has favorecido?

SIRENA: Por causar celos a César
 amante le hice de anillo.
 Salióme mal esta traza;
 tenga, condesa, contigo
 mejor lugar mi elección
 y haz esto que te suplico.

NARCISA: Yo vengo muy bien en ello;
 mas temo que ha de impedirlo
 el duque, formando agravios
 de que en prenda que bien quiso
 ponga un vasallo los ojos...
 Excusad este peligro
 y daos las manos los dos
 sirviéndoos yo de testigo;
 que hecho una vez no tendrá
 remedio cualquier disignio
 que pretenda deshacerlo;
 y después si le apaciguo
 --que sí haré según me adora--
 podréis más ostentativos
 celebrar conformidades.

ALEJANDRO: ¡Qué bien, señora, habéis dicho!
 Dadme, marquesa, esa mano.

SIRENA: El alma con ella os rindo.

Dánselas

NARCISA: (¡Cielos, que esto va de veras!) Aparte

CÉSAR: (¡Tormentos, ¿qué es lo que miro? Aparte
¡Vive Dios que pierdo el seso!)

Apártalos

NARCISA: Esperaos; que es desvarío
en lo que ha de durar tanto
arrojaros sin medirlo.
Mirad, que los dos celosos
determináis ofendidos
sospechando que os vengáis
peligrosos laberintos.
Yo sé que no os queréis bien;
acabad de persuadiros,
que os entiendo.

ALEJANDRO: Acabad vos,
Narcisa, ya el impedirnos
lo que os importa tan poco;
que por el cielo os afirmo,
ya que llegáis a apurarme,
y por su eterno artificio
que de veros empleada
en César, de quien no envidio
mudanzas que en vos adora,
estoy tan agradecido
cuanto os soy deudor de haberme
el alma restituido,
que tiranizada un tiempo
se malogró en vuestro hechizo.
Sirena --que pues a esto
llegamos fuerza es decirlo--
os hace tantas ventajas
en la belleza que admiro,
la discreción, la firmeza,
que el duque puso en olvido,
cuanta la luz a la sombra,
cuanta el diamante a los vidrios.
Mátenme vuestros desprecios
y vuelva yo a los martirios

de amaros --que es maldición
 que tiemblo-- si no os olvido,
 si a la marquesa no adoro
 más que al sol el opuesto indio,
 más que el imán a su estrella,
 más que la flor al rocío.

SIRENA: Y yo, que lealtades pago
 si menosprecios castigo,
 tanto a César aborrezco
 cuanto en vos, amante mío,
 de dueño y gustos mejoro;
 que el imperio no hace digno
 a quien por sí desmerece,
 ni yo sus lisonjas sigo.
 Vos firme, César mudable;
 vos afable, él presumido;
 vos amoroso, él severo;
 vos leal, él fementido;
 ¿qué más dicha que olvidarle?
 ¿qué más suerte si os elijo
 y que más bien que llamaros
 descanso de mis suspiros?

Sale CÉSAR

CÉSAR: Primero, mudable ingrata...
 NARCISA: Primero, desconocido...
 CÉSAR: Que tal veas...
 NARCISA: Que tal goces...
 CÉSAR: Mi venganza...
 NARCISA: Tu castigo...
 CÉSAR: Narcisa, ya yo no os amo.
 NARCISA: Señor, lo que os quiero finjo.
 CÉSAR: Celos se curan con celos.
 NARCISA: En mi daño lo averiguo.
 CÉSAR: Dad la mano a vuestro amante.
 NARCISA: Resistirélo ofendido.
 ALEJANDRO: Mal podré si satisfecho
 adoro lo que resisto.

Dánselas

CÉSAR: Vos marquesa sois mi esposa.

SIRENA: Bien os tengo merecido.

Dánselas

CÉSAR: Basta, que amor funda estados
y da en admitir arbitrios.

Sale CARLOS

CARLOS: En busca de vuestra alteza...

CÉSAR: Carlos, dad reconocido
los plácemes a mi esposa
y vos, mi bien, a mi amigo
favoreced.

SIRENA: Con tal nombre
en estimarle os imito.

CARLOS: Gocéisos los dos mil años.

Sale GASCÓN

GASCÓN: ¡Dos horas, cuerpo de Cristo,
con la prisión jardinera!
¡Si supieras los mosquitos
que me daban garrochón!
Pero ¿qué es esto que miro?
¿Dos a dos y mano a mano?
¿Juegan cañas Valdovinos
y Belermas? Si os casáis
el cura soy; yo os bendigo.
Marco Antonio está a la puerta,
pues no es de los escogidos;
a la puerta por lo bobo
le arroje amor como niño

y escarmienten en él necios.

CARLOS: El senado sea testigo
de que en materia de amores
según los ejemplos vistos
celos con celos se curan.

GASCÓN Si contentan, digan vítor.

FIN DE LA COMEDIA